





**MIN**  
**y el CAZADOR**  
**de ESTRELLAS**

**\*Min y el Cazador de estrellas\***

Autora: Lola Llatas

Corrección: Ana Sainz Carmona

Maquetación: Cristina Medrano

Primera edición, 2018

ISBN:

Depósito legal:

[www.editorialcuatrohojas.com](http://www.editorialcuatrohojas.com)

[info@editorialcuatrohojas.com](mailto:info@editorialcuatrohojas.com)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total ni parcial sin el permiso previo del titular de los derechos de propiedad intelectual.

*Este es un gran proyecto, uno que trata acerca de cómo convertir las diferencias que nos separan en fortalezas.*

*Su ánimo principal es el de demostrar que la aportación individual de cada persona puede marcar una gran diferencia, y estoy orgullosa de comprobar que así ha sido.*

*Sin Ana Sainz, de Bookish Studios, no hubiera sabido ni cómo comenzar.*

*Sin las directrices de Noemí no habríamos podido enfocarlo de la manera en la que lo hemos hecho.*

*Sin Candela nos hubiéramos quedado sin color.*

*Sin Cristina, de la Editorial Cuatro Hojas, nunca se hubiera unificado hasta convertirse en un solo volumen, una idea, la de que todos y todas contamos.*

*Y sin los alumnos y alumnas que han puesto su esfuerzo en ilustrar los dibujos del tozudo gigante, o pensar las historias que salvarían estrellas, no tendría sentido.*

*Somos lo que leemos, y este Cazador ha tenido el privilegio de disfrutar de diez obras maravillosas.*

*Gracias.*



## COLEGIOS COLABORADORES SEGÚN ORDEN DE APARICIÓN

Os presentamos a los coles que nos han echando una mano para que todas las estrellas brillen en el cielo sin faltar ninguna.

Primero, los incansables ilustradores, que ha puesto cara, pies y colores a los textos que vayamos recibiendo:

- CRA «OJOS DE MOYA»- SECCIÓN SANTA CRUZ DE MOYA- CUENCA



Y los colegios que nos han enviado los más que necesarios relatos:

- COLEGIO CARMELITAS LA PRESENTACIÓN DE ALCOY – ALICANTE
- COLEGIO BENJAMÍN BENLLOCH – MANISES – VALENCIA
- ASOCIACIÓN ALTERNATIVA ABIERTA – SEVILLA
- COLEGIO JOAN FUSTER- MANISES – VALENCIA
- INSTITUTO ESPAÑOL VICENTE CAÑADA BLANCH – LONDRES – REINO UNIDO
- IES JUAN DE MAIRENA – MAIRENA DE ALJARAFE – SEVILLA
- CCE PÚBLICO MIGUEL DE CERVANTES – ALICANTE

- CEIP LEPANTO – MAIRENA DE ALJARAFE – SEVILLA
- CEIP L'ASSUMPCIÓ – LA VALL D'UXO – CASTELLÓN
- COLEGIOS DEL SOLAR – BAHÍA BLANCA – ARGENTINA

**MIN**  
**y el CAZADOR**  
**de ESTRELLAS**

---

**Lola Llatas**



## ÍNDICE

CAPÍTULO 1	13
CAPÍTULO 2	17
CAPÍTULO 3	21
CAPÍTULO 4	25
CAPÍTULO 5	29
CAPÍTULO 6	33
CAPÍTULO 7 (COLEGIO CARMELITAS - ALCOY)	35
CAPÍTULO 8	39
CAPÍTULO 9 (CEIP BENJAMÍN BENLLOCH - MANISES)	47
CAPÍTULO 10	51
CAPÍTULO 11 (ASOCIACIÓN ALTERNATIVA ABIERTA)	57
CAPÍTULO 12	61
CAPÍTULO 13 (CEIP JOAN FUSTER - MANISES)	65
CAPÍTULO 14	69
CAPÍTULO 15 (IE VC BLANCH - LONDRES)	75
CAPÍTULO 16	79
CAPÍTULO 17 (INSTITUTO JUAN - MAIRENA, SEVILLA)	83
CAPÍTULO 18	87
CAPÍTULO 19 (CP MIGUEL DE CERVANTES - ALICANTE)	95
CAPÍTULO 20	97
CAPÍTULO 21	105
CAPÍTULO 22 (COLEGIO LEPANTO - SEVILLA)	109
CAPÍTULO 23	113
CAPÍTULO 24 (COLEGIO VALL D'UXO - CASTELLÓN)	119
CAPÍTULO 25	123
CAPÍTULO 26. (C. DEL SOLAR - BAHÍA BLANCA, ARG.)	127
CAPÍTULO 27	129
CAPÍTULO 28	135
¿POR QUÉ MI COLEGIO ES ESPECIAL?	163



## Capítulo 1



Min caminaba deprisa entre la oscuridad. Apartaba con sus manitas las ramas bajas, las que podían arañarle la cara o los brazos, y sorteaba audaz las piedras que encontraba a su marcha.

Aunque había luna llena, las copas de los árboles que se entrelazaban por encima de su cabeza le impedían ver el cielo y cubrían de sombras los troncos.

No le importaba realmente. No temía ni a las sombras ni a las alimañas que usaban la noche como escenario de sus cacerías. Sólo pensaba en sortear los recovecos del camino y llegar a su destino.

Caminar tan apresuradamente hacía que tuviera que poner toda su atención en cada paso, y así evitaba pensar en lo que estaba a punto de hacer.

Sólo se detuvo, y durante un par de segundos, cuando vio la cabaña allí delante, donde acababa el sendero.

Se alzaba torcida y enmarañada en zarzas y espinos, con una puerta oscura y alta y una ventana que más parecía un agujero en la pared. Estaba en el centro de un claro, y los rayos de luna jugaban con las esquinas descolchadas y los salientes del tejado, dándole un aire de lo más extraño.

Era la primera vez que la veía y era tan impresionantemente sombría como relataban los que sí habían llegado hasta allí, que eran muchos.



Aquel hubiera sido un buen momento para dar media vuelta, o recapacitar al menos acerca de su plan, pero no lo hizo. Si algún pensamiento de ese tipo cruzó su cabecita, no lo sabremos nunca, porque en ningún momento pareció dudar; es más, frunció el ceño y haciendo acopio de toda la valentía que corría por su cuerpecito, se adelantó.

Se había hecho una promesa: no rendirse hasta hablar con el Cazador de Estrellas, y la cumpliría.

Con el siguiente paso, se acercó más a la cabaña, y aunque ya he dicho que hubo muchos que llegaron hasta ese punto del bosque, Min fue la primera criatura que osó erguirse ante su puerta.

Min cerró los ojos fuertemente, para alejar los pensamientos que de repente, al verse tan cerca, acudieron para advertir de los peligros que aquella cabaña encerraba.

Un viento bajo, salido de ninguna parte, comenzó a bailar entre sus pies. Min incluso sintió cómo intentaba arrastrarlos hacia el camino, en un último intento para que volviera sobre sus pasos. Era el propio bosque, que le pedía que regresara, que corriera en dirección contraria y se olvidara de todo el asunto.

Pero en lugar de ello, Min alzó la mirada, y por encima de la puerta oscura y la cabaña que se estiraba inclinada, pareciendo como si le fuera a caer encima, vio el cielo, y de él tomó la fuerza y la determinación de nuevo.

Las dudas desaparecieron.

Los pensamientos que advertían a Min y chillaban en su oído para que desistiera, se evaporaron.

El viento que tiraba de sus pies... se esfumó.

Y Min posó su mano sobre la madera robusta y húmeda de la puerta.

Cualquiera, al sentir aquel tacto áspero y pegajoso, se hubiera dado media vuelta y echado a correr, tropezando con todas las piedras del camino que había sorteado tan audazmente al venir, y rasgándose con las ramas bajas, sin tiempo ni resuello para apartarlas en su desesperada huida, pero Min, no.

Min permaneció inmóvil.

Resopló, eso sí, un bufido para comprobar que tenía aire en los pulmones y no se habían quedado paralizados de la impresión.

Y cerrando su puño pequeño y suave, llamó a la puerta.

Los golpes eran tenues, y su mano parecía ir a quedarse atrapada en la madera esponjosa y vieja, pero el silencio en el valle era tan

absoluto, que cada llamada resonó en la noche como si se tratara de un cañonazo.

Y al quinto golpe, la puerta, robusta y tan alta como el árbol más alto del bosque, se abrió.

## Capítulo 2

La puerta se abrió pesada y lenta, de tan enorme que era, como si hiciera mil años que no hacía aquel esfuerzo de abrirse. A Min le costaba avanzar, pero a medida que lo hacía, descubría el interior de la cabaña como si fuera un tesoro, un secreto que había que digerir lento.

Min tragó saliva.

Observó la luz tenue del crepitar de las llamas de un fuego que no aparecía por ningún lado, repisas repletas de sombras y telarañas, y muebles tan robustos y torcidos como la propia puerta.

Vio la pata de una mesa sólida de metal primero, el tablero después, una silla apoyada y de pie, junto a ella, la silueta echa sombras del gigante.

Era mucho más alto que la puerta de entrada, la que ya de por sí era más alta que el árbol más alto del bosque. De hecho, tendría que salir y entrar encorvado cada vez, eso era seguro; y tan ancho que dudó que cupiera por ella de frente.

Estaba erguido e inmóvil, con los ojos clavados en Min, su cuerpecillo enclenque, el pelo de punta en todas direcciones, la capa que casi le arrastraba por el suelo y sus pequeñas botas. Le pareció una criatura minúscula, y la miraba con curiosidad. Nunca nadie tan pequeño se había atrevido a mostrarse ante él.

Los ojos del Cazador parecían cabezas de alfiler, como diminutos broches sin brillo, clavados un poco de aquella manera en su cara de tela de saco.

Sus brazos, sus piernas, eran del mismo tejido también, húmedo y raído.

Era temible y solemne, a pesar de feo. Su aspecto era amenazante, tal y como contaban las historias de los mayores, las que decían algo así como:

«Una sombra furtiva tan larga como el propio valle,  
pasos que hacen temblar al mar y no dejan huella,  
cierra tu puerta con mil cerrojos y no suspires,  
no te acerques al Cazador de Estrellas...».

El poco miedo que pudo sentir Min desapareció. Huyó despavorido y dejó a Min libre y valiente.

Apretó los puños y mientras aquella cancioncilla resonaba en su mente, se acercó al gigante.

Acercarse al Cazador de Estrellas era como aproximarse a un pico alto. Con cada paso se acentuaba su tamaño, cada vez más inmenso,



como si creciera por momentos delante de Min, que tenía que levantar la cabeza para no separar sus ojos de los del gigante.

Era tan alto que su frente quedaba oculta entre las sombras del techo, y menudas manos tan descomunales tenía. Seguro que podrían agarrar a Min de un zarpazo, y ante ese pensamiento, Min tembló por dentro. Mejor no mirar aquellas manos y centrarse en los ojos.

En el valle era sabido que los rivales se miraban a los ojos.

Con la intensidad de esas miradas se miden la fuerza y la disposición de cada adversario, y aunque los ojos de Min no eran fieros, se esforzaba por fruncir el ceño y aparentar más disposición que nadie.

Ya no había marcha atrás, y todas las oportunidades de huir... habían desaparecido.

Min volvió a resoplar. El enfado le podía más que el miedo, y cuando estuvo tan cerca del gigante que casi podía tocarle los pies, se detuvo, levantó la barbilla y aún con el ceño fruncido, preguntó:



—¿Es usted el Cazador de Estrellas?

El gigante, que miraba a Min entretenido, arqueó las cejas con sorpresa y el saco que le hacía de cara se arrugó hacia arriba. Nunca nadie tan pequeño le había mirado con aquella carita tan amenazante, ni había pronunciado su nombre jamás. Era curioso escucharlo en aquel tono tan... dulce. Le recordó al sonido que

hacen las estrellas recién cazadas cuando se mueven nerviosas en su red, el tintineo de cristales y gotitas de agua.

Y el Cazador pensó de repente que no debía confiarse. Si una criatura tan pequeña se enfrentaba a él con tanta seguridad, seguro que era peligrosa.

También eran pequeñas las mofetas y no se hubiera atrevido a pisar a ninguna en toda su vida.

### Capítulo 3

—¿Quién eres tú? —preguntó el gigante con genuina curiosidad.

—Yo he preguntado antes —interrumpió Min—. Busco al Cazador de Estrellas y espero no haberme equivocado de cabaña. Sería un tremendo inconveniente, con lo que me ha costado dar con ella.



El gigante observaba a aquella pequeña criatura cada vez más curioso. ¿Quién era aquel diminuto ser? ¿Por qué no huía despavorido? ¿Acaso no sabía que podría aplastarlo de un manotazo? Miró a Min de arriba abajo, y claro, como no había mucho que mirar, terminó enseguida y volvió a clavar sus ojos en los de aquel extraño y pequeño ser.

Decidió contestarle.

—Lo soy. Soy el temible Cazador de Estrellas, y esta es en efecto mi cabaña. Creo que ahora es tu turno. Debes presentarte.

—Soy Min.

El Cazador pensó... «¿Min?». Repasó el nombre de todos sus enemigos, y los de los enemigos de los enemigos de sus enemigos, pero a su memoria no acudía nadie con ese nombre, nadie tan temible como para presentarse sin miedo ante su presencia.

Estudió a su visitante con detenimiento. Tenía apariencia humana, enclenque, con tez pálida. Parecía incluso una cría. Lo adultos solían medir algo más, pero no podía confiarse... ¿y si era de la especie de las brujas o los gnomos?

Las brujas eran quisquillosas y desagradables. Podrían conjurarlo, hacer que nunca le supiera bien la comida, o que pájaros mágicos revolotearan alrededor de sus ojos todo el tiempo y no le dejaran ver. ¿Cómo cazaría entonces? Debía ser precavido y esperar.

Las criaturas de la especie de las brujas eran peligrosas... Y los gnomos no eran mucho mejores. Lo escondían todo. Cambiaban las cosas de sitio y guardaban cucharas entre sus aperos de caza y flechas en la cocina.

No quería ni brujas ni gnomos en su casa, eso sí que no. Debía ser cauto y no podía echar a Min así como así.

—¿Desciendes de las brujas? —preguntó el Cazador curioso.

—No —contestó Min.

Y nada más hacerlo, se arrepintió. Tal vez debió mentir, decir que era descendiente de brujas, así, el gigante tendría miedo y eso le daría una oportunidad. Debía pensar la respuesta más detenidamente la próxima vez.

—¿Y de los gnomos? —preguntó el Cazador de nuevo.

—No —contestó Min.

Lo había vuelto a hacer. Se había precipitado en su respuesta, y se golpeó la frente con la palma de su mano. Era imposible, ya lo decía su abuelo: hay que pensar antes de hablar.

Pero bueno, también le decía que rectificar es de sabios, así que tal vez estuviera a tiempo de reaccionar.

—Bueno, sí —mintió Min apresuradamente—. Es justo que lo sepas, ya que has preguntado. Mi madre es una gnomo, y mi padre descende de brujas. Tengo lo mejor de las dos casas.



El gigante miró a Min sorprendido. ¿Un brujo y una gnomo? Esas dos especies se llevaban a matar, pero bueno, debía ser precavido. Si lo que aquella criatura decía era verdad, la convertía en un ser muy poderoso.

Min, consciente del efecto inquietante que tenía en el gigante, siguió hablando. Había venido a llevar a cabo un cometido muy importante y era hora de soltarlo ya.

—Pero no hablemos de mí y de mis poderes mágicos super poderosos excepcionales —volvió a mentir—. He venido a decirte algo.

El gigante volvió a arrugar la tela de saco de su frente.

—¿Qué es eso tan importante que te ha traído hasta mí?

—He venido a decirte que no debes seguir cazando estrellas, y que debes dejar libres a las que tienes en tu poder.

Y Min de repente sintió confianza en su empresa. Había ensayado aquella frase durante semanas, en la soledad de su habitación, sin gigante delante, pero la sentía tan adentro que le salió del alma.

—No es justo —y mirando al Cazador directamente, extendió su brazo y lo señaló con el dedo estirado y amenazante.

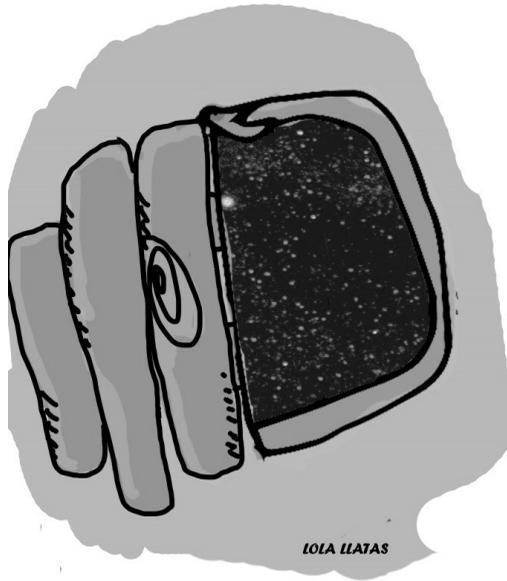
## Capítulo 4

El Cazador estaba tan perplejo que no supo qué decir, y se rascó la cabeza. No perdía de vista el dedito erguido de Min, y esperaba que ninguna magia saliera de él. No había oído jamás acerca de la unión de brujas y gnomos, y las leyendas del bosque decían que de unirse, el engendro resultante sería una criatura verdosa con patas de conejo, pero no eran más que leyendas... Por otra parte, eso explicaría su valentía.

Debía andarse con ojo.

Sin mediar palabra el grandullón se dio media vuelta y anduvo hasta situarse junto a la ventana de la cabaña, la que Min había visto al acercarse, desde fuera, la que parecía un agujero en la pared.

La abrió con cuidado para no dañar las hojas de madera que ya estaban de por sí gastadas y viejas y por encima de los árboles, un cielo inundado de estrellas captó la atención de los dos.



Min se acercó a él para admirarlas.

—Las estrellas del firmamento son infinitas —dijo el Cazador sin perderlas de vista, sin mirar a Min—. Tan infinitas como el tiempo o el propio universo. Infinitas estrellas se crean en cada segundo, e infinitas dejan de brillar al mismo tiempo. ¿Qué más da que yo tenga unas cuantas para mi colección personal? Me gusta el color y me alivia su brillo. ¿Las has tocado alguna vez? Es como tocar luz, como hacer música.

Min seguía con los ojitos clavados en el cielo. El espectáculo era tan maravilloso que se olvidó de las grandes manos del gigante, las que podrían aplastar cualquier cosa de un manotazo, y la frente alta que se confundía con las sombras del techo.

—Cada estrella es una historia que me gusta escuchar, y hay tantas... ¿qué más te da a ti? —prosiguió el gigante.

Min, sin mirar siquiera al cazador, contestó apenas sin aliento ante el espectáculo que se abría ante sus ojos.

—Que sean infinitas no las hace sustituibles, Cazador. Cada una ocupa un lugar único y lo llena con un brillo que también es especial, inigualable. Ninguna estrella brilla igual que otra, y cuando te llevas una de ellas, aunque sea sólo una, dejas el cielo desvalido y desnudo.

El gigante volvió la cabeza hacia Min, allá abajo cerca del suelo, con la cara levantada y mirada embelesada, con los astros dibujados uno a uno en sus pupilas, tan limpias y dulces.

Tenía un tamaño tan insignificante pero tanta luz en sus ojos...

Y el cazador entendió de repente que aquel ser, pequeño y enclenque, valiente y decidido, era en realidad muy poderoso.

—¿Cómo hablas así? —preguntó el Cazador en un intento por recobrar la atención de su interlocutor— ¿Acaso te pertenecen todas y cada una de ellas?

Pero Min, con la mirada aun bañada por los astros, los planetas y las galaxias, contestó solemne:

—Por supuesto que me pertenecen a mí, y al valle, y al bosque con los ciervos y los lobos. Son tan mías como yo de ellas, y por eso —dijo clavando los ojos en los del Cazador y haciendo hincapié en cada una de las palabra que vinieron a continuación— no tienes derecho a robarlas.

De repente Min tuvo más claro que nunca cuál era su propósito y la razón por la que había corrido a través de la oscuridad del bosque, y volviendo a estirar el brazo y señalándolo con el dedo, dijo:

—Has cogido nuestras estrellas, Cazador, y debes devolverlas.

Su tono de voz era tan serio que el gigante dio incluso un paso atrás, sorprendido.

Nunca antes nadie le había hablado de aquella manera, menos aún le había apuntado con el dedo, ni le había ordenado nada de nada.

—¿Quién eres realmente, Min? —preguntó curioso.

Y Min dio un paso atrás y tragó saliva, dándose cuenta de su atrevimiento.

—Soy descendiente de brujas y gnomos, te lo dije —Y con un atisbo de duda en la voz, continuó —.No me lo hagas repetir.

El gigante se agachó para observar mejor a aquel pequeño ser. Se agachó tanto, y se acercó tanto que sus caras quedaron muy próximas, a escasos centímetros, y el



gigante tomó aire entonces y la tela de saco que cubría sus fosas nasales se movió hacia adentro.

Min olía a ropa limpia y hierba fresca.

Min temblaba por dentro al tener aquel gigante tan cerca, con los ojos redondos y negros y las orejas vueltas hacia abajo. Cuando ya pensaba que iban a fallarle las piernas y caer al suelo, el gigante se incorporó, y sin despegar los ojos de los suyos, dijo:

—No eres verde, como los descendientes de brujas y gnomos.

—No me sentaba bien el color y me lo cambié con un conjuro. Ahora soy color... pastel... clarito.

—¿Y tus pies, son de conejo?

Y Min asintió mientras decía.

—Mejor esconderlos dentro de estas botas, son muy poderosos.

Se hizo el silencio, uno de estos interminables que duran por lo menos un minuto, y por fin el Cazador, frunciendo el ceño y poniendo los brazos en guardia, dijo:

—No soltaré las estrellas. Me gustan cautivas.

## Capítulo 5

—Como lo oyes: No pienso soltarlas—afirmó el gigante decidido—. ¿Quién me contará las historias que ellas me susurran en su encierro? ¿Quién me mostrará sus mundos y vivencias?

Min tragó saliva mientras le escuchaba. En todas las semanas que había pasado preparando aquella incursión, no preparó respuesta para ninguna de aquellas preguntas, ni para las que vendrían después.

Para ser honestos, lo único que había hecho había sido ensayar la entrada, la mirada fiera con la que se dirigiría al gigante y lo de apuntarle con el dedo.

Sólo quedaba improvisar.

—¿Me contarás acaso tú esas historias? —continuaba el gigante en su discurso.

Y Min, como venía siendo habitual, contestó sin pensar.

—Yo —dijo con esa seguridad de los que no saben muy bien en dónde se están metiendo—. Yo te contaré las historias, tan interesantes y tan bellas que no te hará falta tener a las estrellas cautivas.

El Cazador no se esperaba esa respuesta ni en un millón de años. Los descendientes de brujas y gnomos suelen atragantarse mucho con las palabras, no son grandes narradores, eso todo el valle lo sabe.

—Bueno —dijo al final—, pues por cada historia que me cuentes, soltaré una estrella, una cada vez. Deben ser relatos hermosos, no lo olvides. Te espero puntual, una vez por semana desde la próxima, sin demora, o todas las estrellas del cielo serán mías.

Min asintió sonriente.

¡Había esperanza!

—Trato hecho —dijo mientras se alejaba.

La puerta de la cabaña seguía entreabierta, tal y como había quedado al entrar, y las sombras que se acurrucaban entre los recovecos de las paredes vieron a Min marcharse.

Cuando Min salió del claro y se adentró en el bosque, corrió.

Corrió tan rápido que el corazón pareció ir a salirse del pecho, y aunque tropezó con las piedras y se golpeó con las ramas, no se detuvo ni miró atrás.

Tanto corrió que no sentía sus propias piernas, y en su cabeza, mientras tanto, un pensamiento que le oprimía el pecho se iba abriendo paso entre los demás: ¿De dónde sacaría las historias? No conocía más que la suya propia. ¿Cómo podría cumplir con su cometido?



Y siguió sin mirar atrás, hacia la cabaña, ni al Cazador, que observaba su huida desde la ventana, curioso.

El corazón de Min latía tan rápido que parecía que se le iba a salir del pecho, y no se calmó en el resto de la noche.

Mientras daba vueltas en su camita, las palabras del Cazador resonaban en su cabeza:

*«Por cada historia que me cuentas, soltaré una estrella,*

*una cada vez. Deben ser relatos hermosos, no lo olvides. Te espero puntual, una vez por semana desde la próxima, sin demora, o todas las estrellas del cielo serán mías».*

Un relato cada semana. ¿Cómo iba a hacer eso? ¿De dónde sacaría tantas historias? Parecía imposible, pero no podía rendirse, ni que el miedo lo estropeará todo.

Se había enfrentado al Cazador, había sido capaz de sostener su mirada contra la suya mientras pensaba que se iba a desmayar por dentro. Conseguiría cualquier cosa que se pusiese en su camino, no le cabía la menor duda.

Cuando salió el sol, Min seguía con los ojos abiertos, y no probó bocado. La preocupación había cerrado su estómago y no tenía hambre alguna.

—¿Qué sucede, Min? —le preguntaron las libélulas que vivían entre los geranios de sus macetas—. Es la primera vez que te vemos rechazar el desayuno. Pareces triste. Algo muy gordo te debe suceder.



—Sucede que por mi culpa nunca más veremos estrellas en el cielo  
—lloró Min dejando a todos aquellos que escuchaban boquiabiertos.

Y les contó su encuentro con el Cazador y lo que habían acordado para ayudar a las estrellas cautivas.

Después de escuchar en silencio lo que Min, entre sollozos, tenía que contarles, las libélulas se echaron las manos a la cabeza.

—¿Y no te acompañó nadie? —preguntaban algunos.

—¡Eso es muy peligroso! —afirmaban otras.

Pero cuando por fin los ánimos se hubieron calmado, se apresuraron a consolar a Min, que todavía no sabía cómo hacer lo que había prometido.

—No llores, Min —le decían mientras secaban sus lágrimas con suaves aleteos—. Te ayudaremos.

Y Min, recobrando la esperanza, alzó la mirada.

—¿Conocéis tantas historias como estrellas faltan en el cielo?

Y las libélulas, se echaron a reír.

—No nosotras —dijeron—, pero podemos buscarlas... volamos veloces. Te traeremos las mejores historias de los confines del valle y la tierra que se extiende detrás.

Por primera vez, una sonrisa se dibujó en el rostro de Min.

Y pequeñas libélulas esbeltas, con las alas brillantes por la luz del sol, partieron en todas direcciones, conscientes de la importante tarea que debían realizar: rescatar historias que a su vez liberarían estrellas.

—Por favor, no lleguéis tarde, os lo suplico...

Pero Min no supo si sus amigos habían escuchado el mensaje.

## Capítulo 6

Llegó el momento, al fin.

Min posó su mano sobre la madera robusta y húmeda de la puerta, como lo hiciera siete días antes, y como en aquella ocasión también, resopló, esta vez para intentar calmar el latido acelerado de su corazón y centrarse en su propósito.

El tacto áspero y pegajoso de la madera le resultó tan extraño y desconocido como hiciera una semana y cerrando su puño pequeño y suave, hizo acopio de valor y llamó.

Tres pequeños golpes que a pesar de ser suaves, resonaron en la lejanía, llegando a cada confín del valle.

Tragó saliva y de nuevo se esforzó en disipar sus miedos.

Nada podía salir mal.

Tenía su historia.

Una de las libélulas llegó con ella hacía escasamente unos días. Se sentaron y la libélula, que llevaba aquel relato enredado en la mente y las alas, se lo contó despacio, sin omitir detalle alguno, que los detalles son los que hacen los cuentos mágicos.



Y ahora era a Min a quien le bailaba aquella historia entre los oídos y la punta de los dedos. Con ella se hizo al bosque de nuevo, en mitad de la noche, apartando ramas y esquivando piedras en el camino, mientras el cuento bailaba en su interior.

Nada podía salir mal.

Tenía su historia.

Y en eso estaba pensando cuando una voz grave, como la típica voz de los que son enormes y muy brutos, hizo que saliera de su ensoñación.

Era el Cazador, grande y horrendo, con el cuerpo y la cabeza de tela de saco, que miraba en su dirección.

—Viniste —afirmó el Cazador para sí mismo, como si nunca pensara que aquel encuentro se podría producir.

Sin duda Min era valiente.

—Dije que lo haría. Tenemos un trato —dijo Min recobrando toda la seguridad y confianza—. Y tengo una historia para ti.

El Cazador se sentó y puso toda su atención en Min, que sin perder más tiempo, comenzó de esta manera...

## Capítulo 7. EL SOL Y LA LUNA (Colegio Carmelitas - Alcoy)

Había dos amigos llamados Sol y Luna. No podían verse mucho porque Sol salía de día y Luna salía de noche. Un amanecer se encontraron y dijo Luna:

—Sol, ¿por qué salgo de noche?

—Pues porque yo salgo por el día y a ti te toca cuidar la noche – respondió Sol

Al siguiente amanecer se volvieron a ver y se hicieron otra pregunta:

—¿Por qué doy luz por el día y no doy luz por la noche?

Tantas preguntas les hacían discutir. Querían ser amigos pero les enfadaba el hecho de no coincidir durante mucho tiempo para poder charlar, jugar y compartir momentos. Un día, Luna pensó:

—Y, si me levanto una hora antes, ¿podré hablar con el rubio de Sol?

Hizo cuanto pudo por levantarse antes pero no lo conseguía, hasta se ponía el despertador pero no podía despertarse como el Rubiales.

—Por el día, Sol está viendo cómo los pájaros y los demás animales y las personas están acompañados, ¿por qué no tengo yo a alguien a mi lado? – se preguntaba Luna

A la mañana siguiente, el Rubiales preguntó a los pájaros:

—¿Por qué no puedo tener a mi mejor amiga a mi lado?

—No sabemos. No somos adivinos —pieron las aves.

Y Sol, el Rubiales, se sintió muy triste. Llegó la noche y Luna preguntó al mar y a los peces cómo podía ver a su amigo:

—Luna, eso no va a pasar porque cuando tú te levantas, él empieza a dormir. Son cosas de la Naturaleza y será siempre así.

¡Pobre Luna, qué triste estaba! Y se sentía aún más desilusionada sabiendo que su amistad no podía ser. Sol se sentía igual que Luna, la Lunares.

Una noche, Luna fue a la biblioteca y consultó un libro de astronomía para averiguar cómo ver a Sol de noche y descubrió que él siempre estaba ahí, de día y de noche.

—¡Mentira –gritó enfadada- ¡Ya lo hubiera visto!

Al alba del día siguiente le contó al Rubiales lo que había leído y él tampoco pudo creerlo. Pasaron días y noches enteras investigando cómo podían verse.

El mar, los peces y los pájaros seguían a su lado intentando ayudarles. Un pajarillo sabio les dio la solución: ¡les puso un vídeo que copió del ordenador de la escuela! Lo que la historia les transmitía era que siempre iban a estar juntos aunque no se vieran físicamente porque lo importante era la gran amistad que sentían y que compartirían por siempre.



(Ilustración enviada por Candela, de *El maletín de Candela*)

Y así siguen día tras día, sabiendo que están juntos aunque no se vean y esperando ese momento en que se encuentran para saludarse:

—Buenos días, amigo Rubiales.

—Buenas noches, amiga Lunares.

*Dana Spataru*

*5ªA*



## Capítulo 8

El Cazador no dejó por un segundo de mirar a Min mientras escuchaba atento la historia que acababa de contarle.

Había sido una historia tan maravillosa y Min la había contado tan cuidadosamente bien, que resonaban en su cabeza los más bonitos pasajes:

«La Luna y el Sol siempre iban a estar juntos aunque no se vieran físicamente porque lo importante era la gran amistad que sentían y que compartirían por siempre».

Y el gigante se preguntaba: ¿Cómo podían el Sol Rubiales y la Luna Lunares ser amigos a pesar de ser tan diferentes?

El Cazador estaba confundido, y sintió de repente, en lo más profundo de su ser, que sería maravilloso tener un amigo así, uno que le hiciera reír y con quien quisiera charlar.

—¿Liberarás una estrella ahora? —preguntó Min con voz temblorosa, interrumpiendo los pensamientos del gigante.

Min juraría que el gigante estaba conmovido. No había movido un músculo desde que comenzara a relatarle el cuento, pero claro, Min no sabía exactamente si esa cara torcida con los ojitos negros y brillantes significaba que le había gustado. Tal vez estuviera pensando simplemente en cómo engullir a su visitante.

El gigante seguía inmóvil. Una parte de él le decía que tal vez debiera apresar a aquel pequeño ser, acabar con aquel absurdo trato... pero otra, la que estaba más cerca del lugar en el que los humanos tenemos el corazón, sabía que no podría hacerlo. Con lo tranquilo que estaba él antes de que Min cruzara la puerta por primera vez...

Aquella historia maravillosa bien valía una estrella y el Cazador lo sabía. No había excusa posible que le hiciera faltar a su palabra.

—Te la daré —respondió el gigante poniéndose en pie.

Min respiró con alivio. Menos mal que se trataba de un Cazador de palabra. ¿Qué habría podido hacer si de repente se negara a liberar una estrella? Hubiera tenido que amenazarlo con un conjuro o algo así, pero lo más seguro sería que el Cazador averiguara que no tenía poder alguno y todo se fuera al traste.

Bastante había tentado a su fortuna.

Min ni descendía de brujas ni de gnomos, de hecho había tenido suerte y no se había cruzado con ninguno en toda su vida.

Min se adelantó un paso. Seguro que el gigante se dirigiría al calabozo donde tenía cautivas las estrellas y tendría que seguirlo. Palideció ante la idea de contemplar a las pobres estrellas, nacidas para ser libres, suplicantes, cautivas, implorando por libertad. ¿Dónde las guardaría? ¿En qué lugar tendría el gigante todo su brillo contenido? ¿Una tinaja? ¿Una urna de cristal?

Pero para la sorpresa de Min, el Cazador no se movió del sitio. Permaneció de pie en el mismo lugar y sin mediar palabra, tiró de una de las costuras que cosía su cuerpo, una que le recorría de pecho a barriga.



A medida que su piel de tela se separaba en dos, un brillo extraordinario inundó la cabaña entera y Min tuvo que cubrirse los ojos con las manos. Por entre los huecos que dejaban sus dedos, vio como el gigante introducía los brazos en el descosido y sacaba de él una estrella que al verse libre, se escurrió por entre sus dedos y saltó por la ventana para perderse en la noche junto al resto de sus hermanas.

El Cazador no la perdía de vista mientras buscaba su lugar en el centro del cosmos. Había sido tan complicado cazarla, tan difícil dejarla marchar... volvió su cara hacia Min, y vio el brillo de la estrella en sus ojos.

—¡Vete! ¡Marchate! ¡Sal de mi vista! —chilló mientras Min lo miraba de vuelta con verdadero terror en los ojos.

Min obedeció. Corrió como nunca antes lo había hecho, abriendo la pesada puerta hasta escaparse por una rendija y llegar al bosque. Cuando se atrevió a volver la cabeza por primera vez y vio la cabaña allá detrás, lejana, rio fuerte y miró al cielo que se colaba por entre las ramas densas de los árboles.

Sus carcajadas rompieron el silencio de la noche.

Lo había conseguido, y todo gracias al Sol Rubiales, a la Luna Lunares, y a los maravillosos niños y niñas de Alcoy que le habían contado aquella historia a la libélula.

Pero mientras Min reía, en la cabaña del Cazador no había alegría ninguna.

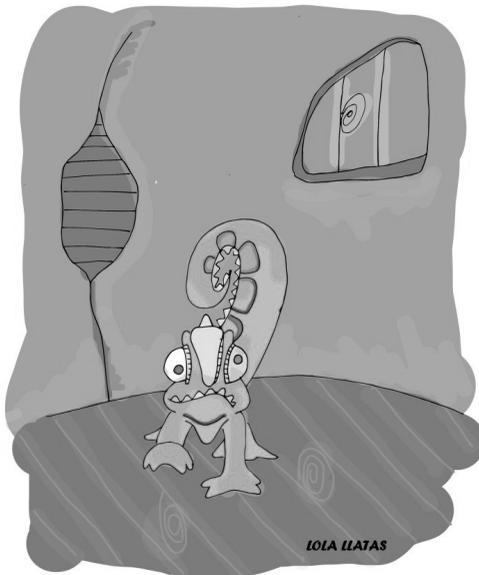
—¿Se puede saber qué has hecho, cabeza de saco?

El Cazador se volvió con desgana hacia el lugar del que provenía aquella voz que ya se sabía de memoria pero no vio a nadie. No tuvo que esperar más que unos segundos, sin embargo, porque de

repente se materializó en ese mismo lugar, no levantando más de un metro del suelo, su único compañero, Dragón el camaleón.

Su voz había sonado enfadada, como siempre, y el resto de su cuerpo, lo estaba también. Los ojos furiosos, las patas estiradas y la cola enrollada en espiral.

El Cazador apartó su mirada de él y se sentó en su silla, la única de la cabaña. Sabía que el lagarto no lo dejaría tranquilo, que lo sermonearía con alguna de sus teorías, y así fue.



El camaleón, más verde intenso que cualquiera de las hojas que poblaban el bosque, trepó por la pata metálica de la mesa y se detuvo frente al gigante para repetirle furioso:

—¿Acaso no me has escuchado? ¿Se puede saber qué es lo que has hecho?

El Cazador alzó la mirada y por un segundo sus ojos negros de alfiler se cruzaron con los ojos grandes y redondos del camaleón, que lo observaba con las dos pupilas a la vez. Estaba preparado para la furia, pero no para el atisbo de preocupación que leyó en aquellos dos ojos enormes. Eso es lo que le hizo bajar la mirada de nuevo.

—Nada que te incumba, lagarto —dijo el Cazador intentando ofender a Dragón, buscando que se marchara y que se llevara aquella mirada con él—. Es asunto mío.

Pero el camaleón, lejos de marcharse, respondió más enfurecido que nunca:

—¡No soy un lagarto, cara de saco, soy Dragón, el camaleón más sabio y más audaz de este valle y exijo...!

—Vamos —interrumpió el gigante—, comes moscas.

—Y todo tipo de insectos, sí señor. ¿Me hace eso acaso menos magnífico? ¡Vivan las moscas! Pero bueno, ¿se puede saber que has hecho con esa criatura?

—Se llama Min, es descendiente de brujas y gnomos. He hecho lo que he tenido que hacer para que no nos conjure. Da gracias que no ha convertido la cabaña entera en una roca de río o algo así...

Dragón estaba cada vez más sorprendido.

—¡Eso no es posible! —dijo sin poder disimular su sorpresa y su enfado—. Los descendientes de brujas y gnomos tienen la piel tintada con un elegante color verdoso que favorecería a cualquiera y tienen además pies de conejo.

El Cazador se puso en pie, pesadamente. No le apetecía hablar y se sentía débil.

—¿Estás bien? —preguntó Dragón preocupado.

—Estaré bien en unos minutos, en cuanto dejes de molestarme.

—¡Has liberado una estrella! ¡Lo he visto con uno de mis ojos mientras el otro miraba una mosca en la pared! —y suavizando el tono mientras trepaba hasta los hombros del Cazador, le dijo—. No puedes hacer eso, las necesitas, son lo que mantienen unidos los trozos de tela que conforman tu cuerpo...

—Me recuperaré en un par de minutos. Sólo necesito descansar...

—No puedes ser tan inconsciente. Las estrellas te proporcionan la magia que necesitas para andar, son las que te mantienen en movimiento... He escuchado algo así como que volverá la semana próxima. Aprovecha para deshacerte de esa criatura, sea lo que sea, de un plumazo. Deberías...

Pero el Cazador ya no escuchaba. Allí de pie, en medio de la cabaña, se había quedado dormido.

La semana pasó y el gigante veía pasar los días preguntándose si aquella pequeña criatura, Min, volvería. No dejaba de pensar en la historia que le había contado, en la luna y el sol y la amistad que los unía, y una parte de él anhelaba un nuevo cuento.

Y cuando llegó el momento... Min apareció.

—¿Acaso no me tienes miedo, Min? —preguntó el Cazador cuando hubo entrado en la cabaña.

Y Min miró al gigante a los ojos. El reflejo de las llamas del fuego que no existía jugaba entre los pliegues de su cara de saco raído.

Fue en ese momento en el que Min se detuvo a mirarlo, en el que fue consciente de que lo más inteligente sería, sin duda, temerle.

Había salvado una estrella, el cielo se lo agradecía todas las noches, y estaba allí para salvar una segunda, en un ratito, pero de repente, en aquel preciso momento en el que miró al gigante con su fortaleza y su monstruosidad, toda su confianza se resquebrajó.

No podía huir, eso lo sabía. ¿Qué sucedería con el cielo que ya contaba con su ayuda para estar completo de nuevo? ¿Cómo podría levantarse de la cama los días que vinieran, sabiendo que había huido en lugar de intentarlo?

Debía ser valiente, más valiente que cualquiera de los valientes cuyas historias rondaban el valle.

Debía mantenerse firme y no dudar.

—¿Cómo podría temerte? —mintió Min—. Soy descendiente de brujas y gnomos, ya te lo dije...

El Cazador miró al pequeño ser que se erguía ante él orgulloso. La pizca de miedo que delataban sus ojos pasaba desapercibida por su pose arrogante y heroica.

—Lo sé —dijo el gigante—, pero aun así podría atacarte cuando menos lo esperases. Recuerda que soy Cazador, que incluso a las estrellas he hecho mis prisioneras.

Y Min mintió más fuerte para salvar la vida y evitar que el miedo se le extendiera por todo el cuerpo y por las piernas que lo sujetaban.



—Y yo podría convertirte en sapo en el mismísimo momento en que intentaras aplastarme... o en algo peor, en piojo de sapo. Los piojos de sapo llevan una vida de lo más aburrida.

Nadie en su sano juicio quisiera ser piojo de sapo, ni en sus peores pesadillas, y eso Min lo sabía.

—¿Podrías hacerlo? —preguntó el Cazador.

Costaba creer que la pequeña criatura que se erguía orgullosa ante él fuera capaz de semejante calamidad. Había que ser muy diestro para hacer ese tipo de encantamientos.

Y Min frunció el ceño y dijo decididamente:

—Tenemos un trato. Ni yo uso mi magia, ni tú cazas más estrellas. Y ahora, te contaré una historia...

Min se concentró en el maravilloso cuento. Lo contó en voz alta y clara. Se lo sabía de memoria y lo llevaba escrito en el corazón. Las libélulas lo habían traído desde nada más y nada menos que desde Manises, en Valencia, y era maravilloso.

No fallaría.

No podía permitirse el lujo de pasar su larga vida sabiendo que falló a las mismísimas estrellas.

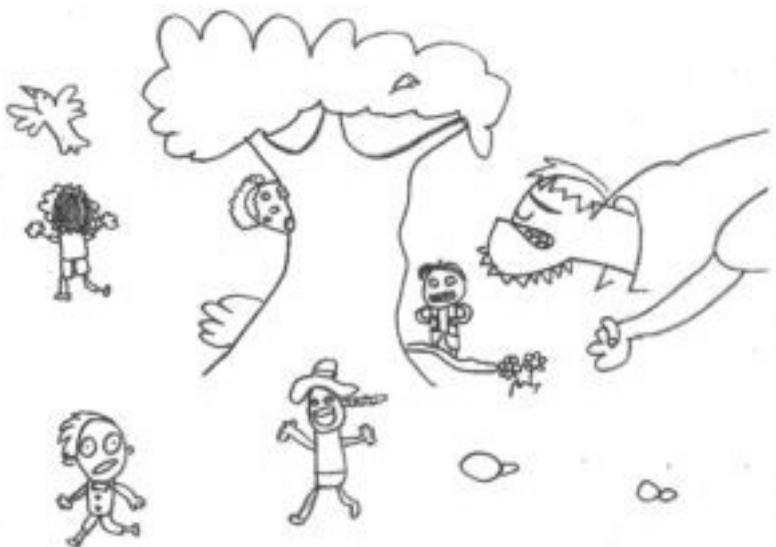
## Capítulo 9· LOS OGROS HECHIZADOS (CEIP Benjamín Benlloch, de Manises, Valencia)

Las clases de tercero estábamos disfrutando de un día de excursión y a la hora del almuerzo pensamos que sería divertido inventarnos un nombre para todos. Se nos ocurrió un nombre espectacular “CERTER”, ese sería nuestro nombre aventurero.

De repente, se oyó un extraño sonido. Cada vez el sonido se hacía más intenso. Seguimos caminando por el bosque y encontramos las ruinas de un pueblo abandonado. Se hizo el silencio y en el suelo nos encontramos con unas raras pisadas. Eran tan grandes como las de un dinosaurio. Entre las ruinas, unas sombras aparecían y desaparecían de forma fugaz.

Nos acercamos atemorizados y entonces nos encontramos con un cartel que ponía **“OGROLANDIA, NO ENTRAR”**. Nos pudo la curiosidad y decidimos entrar.

Detrás de nosotros, una voz nos asustó diciendo:



-¡Fuera de aquí, este no es vuestro país!

Nos giramos y vimos a un montón de ogros que nos querían atacar, pero uno de ellos, Ulki, les dijo:

-¡Alto!, ¡Parad, no nos han hecho nada!

Se giró y nos dijo:

-Podéis quedaros, pero con una condición..., que nos ayudéis a ser mejores.

-¿Vosotros quienes sois? - Preguntó uno de los ogros.

-Somos Certer, alumnos de 3º, estábamos de excursión y al oír sonidos extraños, fuimos a ver de donde venían ¿Y a vosotros qué os ha pasado? ¿Por qué sois tan feos?

Ulki comenzó diciendo:



-Hace miles de años, antes de que yo naciera, aquí en Ogrolandia, sus habitantes se peleaban, se insultaban, discutían y estaban todo el día gruñendo entre ellos. Cerca de aquí, en una cabaña del bosque, vivía un hechicero muy poderoso llamado Wanfel que decidió buscar una solución al problema. Lanzó al aire una pócima mágica que les convertía en ogros, y les explicó que como eran feos por dentro, ahora serían también horribles por fuera. También nos dijo que el efecto desaparecería cuando aprendiéramos a convivir.

Entonces nosotros le preguntamos:

-¿Y tú por qué no eres tan feo como ellos?

-Yo también nací ogro, pero como soy buena persona, con el tiempo la pócima dejó de hacer efecto, por eso soy diferente. Quisiera que a mis amigos les pasara lo mismo, pero no sé cómo hacerlo, ¿Vosotros podríais ayudarme?

-Bueno, nosotros aunque a veces también discutimos y nos peleamos, en nuestro colegio nos han enseñado a que todo se soluciona hablando y que hay que saber perdonar y ponerte en el lugar del otro. También nos han explicado que la belleza más importante es la belleza interior. ¿Por qué no les explicas esto?

-¡¡¡Caramba, qué buena idea!!!- dijo Ulki, hablaré con ellos, muchas gracias, Certer.

-Gracias a ti, mucha suerte.

A final de curso, nuestras maestras nos dieron una gran sorpresa.



¡Ulki nos había escrito desde Ogrolandia!

Nos daba las gracias por haberles ayudado. El hechizo estaba desapareciendo y ahora todo lo solucionan dialogando, están dejando de ser ogros y han cambiado el nombre del país por

“EL PAÍS DE LA BELLEZA INTERIOR”.

También nos invitan a que vayamos el próximo año de excursión para ver lo bien que se llevan entre ellos. ¡¡¡Estamos todos deseando que llegue ese día!!!

*Autores: los alumnos y alumnas de 3º*

## Capítulo 10

—Viejo espantapájaros sin cabeza —decía Dragón dirigiéndose hacia la silla en la que se reponía el Cazador.

El gigante respiraba deprisa, con la tela de saco que se hundía en la boca y las fosas nasales en un esfuerzo por tomar todo el aire posible.

—Ya van dos estrellas, ¿no lo entiendes? —continuaba el camaleón—. Creí que teníamos un plan: apresar a ese ser escuálido y pálido mientras contaba la historia, ¿tienes acaso el corazón de mantequilla?

—Tampoco a ti te he visto mover un dedo —replicó el gigante.

—Es que la historia era tan maravillosa... Quería saber qué sucedía a los ogros de Ogrolandia. Se me pasó el tiempo sin darme cuenta.

—El país de la belleza interior —decía el gigante recordando el relato—. ¿Crees que existirá un lugar como ese? ¿Crees que los que son feos por dentro, lo son por fuera?

El camaleón agachó la cabeza. No sabía realmente qué decir. La idea de un mundo poblado de buenos sentimientos se le antojaba extraña. ¿Serían las moscas más grandes en ese mundo?

El Cazador cerró los ojos. Pronto estaría bien, sólo unos minutos, pero había sido complicado mantener el equilibrio y que Min no lo viera caer de bruces.

—Min descende de brujas y gnomos —dijo el gigante—, te lo dije. Debemos andarnos con ojo. Algo se nos ocurrirá. O cumplo el trato o me convierte en algo tan apestoso como un lagarto.

Dragón observaba al Cazador entre furioso y preocupado. Ni siquiera se sintió ofendido por la bromita y le acercó con la cola una jarra con agua. Le convenía beber algo.

—Sal a cazar alguna estrella, amigo de saco...

Pero el gigante sacudió la cabeza.

—Estaré bien en un momento...

—¿Lo haces por las historias? —le preguntó Dragón— ¿Es eso? ¿Quieres que alguien te cuente un cuento? Pues ya te lo cuento yo, no te preocupes... anda que no soy yo bueno contando cuentos, el mejor, el más audaz... ahí voy... había una vez un banquete, con moscas... a la parrilla, y rebozadas, y con caramelo y... espera, este no que me da hambre... había cinco moscas en una herrería... tampoco... ¿Te sabes alguna historia de moscas? Me la podrías contar...

El Cazador, más recuperado, lo miraba con una mueca divertida. Se encontraba mucho mejor, con ánimos y fuerza para levantarse de la silla.



—Creo que tienes hambre, amigo —le dijo—, y veo, por el rabillo del ojo, alguna que otra mosca en aquella pared.

Dragón no perdió ni un segundo y se dirigió hacia donde le había indicado el gigante, pero lejos de pensar en su próxima comida, mientras se acercaba con sigilo a las

despistadas moscas, una única cosa ocupaba su mente: no dejaría que aquella criatura pálida y enclenque, Min, hiciera daño a su gigante.

Siete días después, cuando Min empujó la puerta y entró, el gigante no estaba por ningún lado. Recorrió con la mirada aquella sala de estar: los estantes, las telarañas, la mesa grande y metálica y la silla; todo bañado por aquellas llamas que no venían de ningún sitio en concreto, reflejo de un fuego mágico que mantenía la cabaña calentita y agradable.

«No se está tan mal aquí», pensó. E inmediatamente desechó aquella idea de la cabeza. Estaba en la morada de un Cazador muy peligroso.

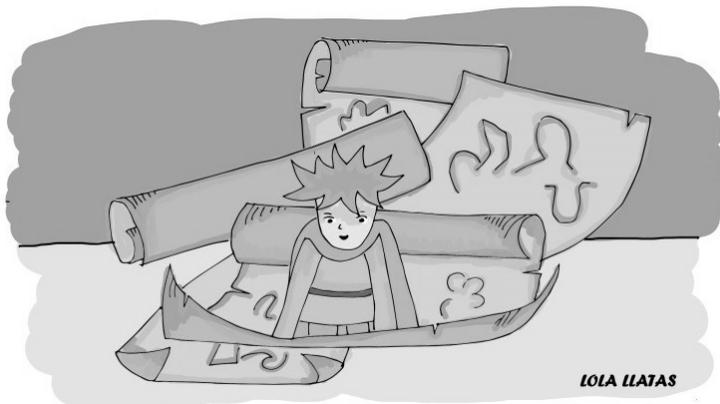
Sin rastro todavía de su anfitrión, se acercó a la mesa con sigilo y trepó por la silla hasta lo más alto. Desde arriba se veía todo con otra perspectiva, como quien observa el río y los árboles desde lo alto de una colina que le ha llevado años conquistar.

Min no sabía que pocos habían logrado llegar tan lejos. De haberlo sabido, habría bajado de un salto a la seguridad del suelo, cerca de la puerta y de la libertad, pero en lugar de eso, continuó andando por encima del tablero y llegó hasta un grupo de papiros.

Los extendió sin pensarlo y la sorpresa hizo que su boca se abriera y los ojos sonrieran: eran dibujos... bellos dibujos que ilustraban los personajes de las historias que había narrado al Cazador... y eran tan hermosos, estaban tan bien trazados, que Min no podía apartar la mirada de ellos.

Allí estaban el Sol Rubiales y la Luna Lunera, y también los ogros de Ogrolandia cuando eran feos, y los valientes del grupo CERTER.

Estaban tal y como los había imaginado, como si el gigante se hubiera metido en su cabeza y comprendido todos y cada uno de



los pasajes.

Min sintió orgullo y emoción... hasta que de repente, entró el gigante.

—¿Qué haces fisgando entre mis cosas? —dijo enfurecido con una voz que más se parecía a un trueno .

Se acercaba a Min dando grandes zancadas que parecían levantar el viento, y Min tuvo que luchar para no enredarse entre los papiros y caer.

—Admiraba tus dibujos... son colosales —dijo Min poniendo el corazón en lo que decía.

Pero el Cazador no escuchó. Enrolló los papiros lo más deprisa que pudo y los lanzó por los aires, rasgándolos a medida que lo hacía.

—No los rompas, no, por favor,son maravillosos...

—Te burlas de mí —farfulló el Cazador—. ¡No consentiré que te burles de mí!

El gigante sintió de repente el tacto de Min en la piel de saco de su bota. Le hizo dar un respingo. Un tacto dulce, eléctrico y suave.

Miró a Min y a sus ojos brillantes. Estaba allí, tan cerca de sus pies que podría pisar su cuerpecito en menos de un segundo. Le tocaba la bota y lo miraba con tanta ternura que se sintió abrumado.

—Cuéntame tu historia y lárgate —dijo el gigante de mala gana.

Y Min, obedeció.



## *Capítulo 11. TÚ EN LONDRES Y YO EN SEVILLA. (Asociación Alternativa Abierta)*

¡Tainá, Tainá, Tainá! Me despertó mi hermana Alda, mi móvil no paraba de sonar.

Era mi amiga Triana, hacía semanas que intentaba localizarla para contarle que me casaba.

Triana era mi mejor amiga de la infancia, vivíamos en Torreblanca, un barrio de Sevilla y estudiamos en el CEIP Tierno Galván.

También íbamos al “Conozco y Aprendo”, proyecto de la Asociación Alternativa Abierta, allí hacíamos los deberes, preparábamos los exámenes y reforzábamos aquellas tareas que nos resultaban más difíciles, recuerdo las fichas de las tablas de multiplicar, las divisiones, las redacciones, los talleres de lectura y las excursiones.

Ella vive en Londres y viaja por todo el mundo porque es escaladora profesional y ha ganado diez medallas de oro logradas en diferentes competiciones.

Hacía un año que no nos veíamos, aunque siempre que viajaba a Sevilla venía a visitarme y nos contábamos cómo nos iba y nuestros planes de futuro.

Yo después de terminar mis estudios de diseño y confección, perseguí mi sueño: dedicarme a la moda. Mi padre y mi madre se dedicaban a la venta ambulante de ropa.

Ahora tengo mi propio taller, donde diseño, confecciono y vendo mis propias prendas, creando mi propia marca que se llama Fakali, como la Federación de Asociaciones de Mujeres Gitanas.

Triana se alegró de la noticia y me preguntó cómo sería la boda, y yo le expliqué que seguiría las tradiciones de mi etnia gitana y que me haría muy feliz poder compartir ese día con ella, así que le expliqué todos los detalles de la ceremonia.



Tendría lugar el día 20 de noviembre, coincidiendo con el día universal de la Infancia, en el salón “Romaní”, que se decoraría con globos y un gran cartel de bienvenida que yo misma habría diseñado.

También le conté que durante nuestras ceremonias las novias nos poníamos más de un vestido, y que tenía muchos diseños hechos y que me gustaría que ella eligiera alguno de ellos, y que vendrían nuestras amigas de la infancia Silvia, Yumara y Paula.

Triana me dijo que en esas fechas tenía una expedición por el Himalaya y que no podría asegurarme nada, pero que haría todo lo posible. Aunque sabía lo importante que era para ella alcanzar el “Everest”, me entristeció pensar que no vendría.

Estuvimos hablando de cómo nuestros sueños se iban cumpliendo tal y cómo lo habíamos planeado cuando éramos niñas, y como el secreto de nuestro éxito había sido el trabajo en equipo, ayudarnos siempre que alguna lo necesitaba, y cómo con esfuerzo, constancia y dedicación nos habíamos convertido en aquello que habíamos deseado. Éramos unas auténticas Cazadoras de sueños.



Llegó el día y de repente apareció mi gran amiga, valiente y decidida dedicándome unas palabras en caló durante la ceremonia.

No podía creerlo, todos y todas incluida mi amiga me habían hecho creer que no acudiría.

Fue un día especial, rodeada del amor de mi familia y mis amigos/as, bailando y cantando hasta altas horas de noche. No faltó, como sigue mi tradición gitana, el canto de “El Yeli” y la gran lluvia de almendras y peladillas.

*Autora: Tainá Heredia Bautista.  
Asociación Alternativa Abierta.*



## Capítulo 12

Min corría por el bosque, de vuelta a casa, por un camino que comenzaba a serle familiar.

Los retazos de la historia que acababa de contar danzaban en su cabeza y una oleada de orgullo inundó todo su ser. Estaba consiguiéndolo, igual que Tainá y Triana, en el relato que había acabado de contar al Cazador. Seguro que así se sentían después de haber alcanzado sus sueños, haberse enfrentado a las dificultades y haber salido triunfadoras. Min pensó que, como ellas, no se rendiría, y se sintió feliz.

En el universo brillaba una estrella liberada, otra estrella que había visto volar hasta lo más alto, que ahora iluminaba el cielo, que brillaba intachable, con la intensidad necesaria, y que hacía que el cosmos fuera todavía más perfecto.



Llegó corriendo hasta la colina que coronaba su casa, tan veloz como sus potentes piernas podían llevarle, tan feliz y sonriente, que las libélulas que esperaban impacientes, no tardaron en adivinar:

—Lo conseguiste, Min —celebraban entre aleteos y piruetas en el aire.

—¡Gracias a vosotras! Sin vuestra ayuda no podría haberlo conseguido. Gracias por traerme estas maravillosas historias, gracias por traerlas para salvar la noche estrellada.

—Tú eres quien se muestra ante el Cazador, no hemos conocido ser más valiente —le respondían—. Es una misión peligrosa y tememos tanto por tu vida, Min... tal vez deberías dejarlo...

—No hay peligro para mí si seguís trayendo cuentos tan perfectos. ¿De dónde los conseguís?

—Más allá del valle se extiende una tierra, y en ella, habitan más seres humanos, como tú. Ellos nos las dan, ellos adoran al cielo, la vida, y conocen de la importancia del brillo de cada ser. Ellos quieren que el cielo esté completo y completes tu proeza.

Y Min levantó la cara y se dirigió al horizonte más lejano cuando dijo:

—Gracias pues, seres humanos. Os debemos el éxito de esta aventura. Yo no soy ni descendiente de brujas ni de gnomos, soy como vosotros, igual. Carezco de poderes mágicos pero dispongo del arma más certera, la que vosotros me proporcionáis: imaginación, ilusión e historias.

Las libélulas aplaudieron con aleteos y Min rio fuerte.

Ninguno de los reunidos pudo imaginar que no estaban solos, que había alguien escuchando, alguien invisible, camuflado entre los tallos bajos y las flores a medio abrir en la noche.

Era Dragón. Disponía de una información muy valiosa, y seguro que el Cazador se moriría por escucharla.

Una semana después, Min volvió.

—Te he traído esto —dijo Min.

Y cuando el Cazador se dio la vuelta, vio a Min con el brazo extendido y algo en su extremo.

El gigante retrocedió. ¿Era una varita mágica? ¿Iba a conjurarlo por fin?



Min, adivinando sus pensamientos, se disculpó y dejó aquel objeto en el suelo.

—Es un carboncillo —le dijo—. Yo personalmente lo he moldeado para ti. Harás los mejores dibujos del mundo con él, más hermosos...

—Yo no dibujo —se defendió el gigante.

Min agachó la cabeza.

—Quería disculparme... no debí hurgar entre tus cosas, lo siento.

El Cazador observaba a Min sin saber exactamente qué pensar. ¿Una disculpa? ¿Para él? Las palabras de Min estaban teniendo un efecto en él tan extraño y reconfortante... Era como si de repente lo inyectaran de fuerza y paz interior, como si de una corriente se tratase.

Una disculpa... no era la primera vez que escuchaba una disculpa. Sus víctimas, cientos, se habían disculpado siempre por esto o por aquello en su afán de salvar la vida, y Dragón, bueno, Dragón era especial, nunca se disculpaba...

El gigante se acercó y agachándose tomó el carboncillo entre sus dedos. Era largo, y esbelto... observó los trazos oscuros que dejaba en su tela de saco, en las palmas de su mano, e imaginó ese trazo en un papiro. Lo imaginó deslizándose y arrugándose cuando dibujara al sol, a la luna, los ogros o la boda gitana que todavía rondaba en su cabeza desde el último relato.

Min lo miraba sin saber qué pensar.

—¿Qué quieres por él? —dijo el Cazador sonando serio, tajante.

—Nada, es un regalo... creí que te gustaría.

El gigante miró a Min desconcertado. Otra ola de calor lo recorrió de arriba abajo y se sintió bien.

Nadie nunca le había hecho un regalo.

—Yo no dibujo —mintió el gigante.

Y lanzó el carboncillo hacia un rincón de la cabaña, sin perder de vista el lugar en el que dejó de rodar y quedó inmóvil.

Cuando Min se marchara, se haría con él.

### *Capítulo 13. AVENTURA BAJO LA LLUVIA (CEIP Joan Fuster, de Manises)*

Había una vez una familia que era como cualquier otra, los padres se llamaban Fernando y María, las hijas se llamaban Rebeca y Alejandra y tenían once años las dos porque eran gemelas.

Vivían en Manises (Valencia). Todos los fines de semana se iban a correr o a dar un paseo con la bicicleta por el cauce del río o por la playa. Hasta que un día María la madre, Alejandra y Rebeca las hijas, se pusieron enfermas y no pudieron ir a correr y se quedaron en la casa descansando y durmiendo. Fernando, el padre, se tuvo que ir solo a correr y por el camino empezó a llover un poco y dijo Fernando:

-Ya parará dentro de poco.

Pero después no fue como él esperaba porque empezó una tormenta súper fuerte con rayos y relámpagos, se resbaló con el agua y se torció el tobillo. Como no podía casi andar pensó en llamar a su mujer, pero como estaba debajo de un puente no tenía cobertura, intentó gritar para que le escuchara alguien pero como estaba lloviendo estaba todo el mundo en su casa.

María, Rebeca y Alejandra estaban muy preocupadas, entonces le llamaron pero como seguía debajo del puente pues seguía sin cobertura, no le cogía el teléfono y pensaron:

-Estará escuchando música. Y por eso ya no estaban tan preocupadas.

De repente Fernando escuchó lloriquear a un perro muy herido con sangre, él pensó que no podía dejarle así, entonces a pesar de que llovía y de que se había torcido el tobillo cogió al perro y se lo

echó al hombro. Seguramente alguien lo había golpeado y lo dejó abandonado.



Fernando se compadeció del pobre animal y no dudo en ayudarlo. Con mucha dificultad y después de dos horas, casi sin poder andar y todo mojado, consiguió llegar hasta un veterinario. Le contó lo que había pasado y el veterinario le dijo que no se preocupara que lo salvaría.

Fernando se sentó en la sala de espera. Allí había un hombre esperando a que curaran a su perro y le preguntó:-¿Qué te ha pasado en el pie que lo tienes tan hinchado? Él le contó lo que le había pasado, el hombre se quedó asombrado de cómo estaba ayudado al pobre perro sin pensar en cómo tenía él el pie.

Cuando sacaron a los dos perros, el hombre se ofreció a llevarlo a un hospital para que le vieran el pie. Los médicos no se explicaban cómo había podido andar tanto tiempo y encima cargado. Todos le felicitaron por lo bien que se había portado con el animal.

Cuando llegó a su casa con el perro y les contó a su mujer y a sus hijas lo que le había pasado, no se lo podían creer. Y decidieron quedarse con él como mascota, le llamaron Rocky.

Alejandra y Rebeca estaban como locas de alegría, nunca habían tenido uno y se sentían súper orgullosas de su padre. Valoraron su esfuerzo, sacrificio y su gran bondad. Rocky les estaría siempre agradecido.

*Cynthia Ramírez Miquel, 6º PPEV-2  
CEIP Joan Fuster ( Manises)*





## Capítulo 14

Dragón emergió de entre las sombras de la cabaña como si de un fantasma se tratara, en cuanto Min salió al bosque.

Con uno de sus ojos estudiaba su marcha, perderse en la negrura del camino y las ramas bajas, mientras que con el otro no perdía de vista al Cazador, que se desplomaba sobre su silla, débil, ante la pérdida de otra estrella.

Ya eran cuatro.

El camaleón sonreía maléfico, deseoso de ser el portador de las noticias que liberarían al gigante del influjo de la cría de humano.

—Viejo saco —dijo a modo de saludo.

Y el Cazador, moviendo la cabeza levemente, lo miró de refilón.

—Yo también me alegro de verte —dijo con voz pesada, aun intentando recobrar el aliento.

—Tengo algo muy importante que decirte, tan importante que adorarás haberme conocido.

El Cazador frunció el ceño y lo miró de frente esta vez. ¿Qué sería lo que se llevaba este entre manos? ¿Qué podría haber, importante, que le interesara a él?

Y el camaleón lo dijo de sopetón, sin dudar ninguna de las palabras que salían de su boca.



—Min no descende ni de brujas ni de gnomos. No es más que un saco de huesos. Nada más que eso.

El Cazador lo miró sorprendido.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó.

—Después de su última visita corrí a través del bosque, tras su rastro, sigiloso, invisible, confundiéndome con cada sombra y cada hoja, ya me conoces, a eso no hay quien me gane...

—¿Dónde quieres llegar? No tengo tiempo para acertijos —dijo el gigante recobrando el resuello.

—Llegué hasta su casa y adivina: ni vive en el palacio ruinoso de las brujas ni en las cuevas de la cascada de los gnomos. Su casa está en lo alto de una colina suave, moldeada por mil vientos, entre flores y libélulas... sabrosas libélulas... No imaginas Cazador lo que me costó contenerme y no saltar sobre ellas, ni me hubieran visto venir, tan jugositas, con esas alitas que...

Dragón se interrumpió a sí mismo, cerró los ojos en un intento de apartar de su mente todas aquellas libélulas gorditas y sabrosas, y se centró en lo que debía explicar al gigante.

—Un ser humano, eso es lo que es... Enclenque y huesudo. No cabe la menor duda.

El Cazador estaba sorprendido. La tela de saco de su frente estaba tirante y sus ojillos negros y profundos estaban inmóviles, queriendo procesar lo que acababan de contarle.

—¿No te sientes aliviado? —preguntó entonces Dragón— ¿Qué harías sin mí para ayudarte? Ahora no tenemos más que pensar juntos en un plan para aplastar a Min, y de paso, si cae alguna libélula... mejor que mejor.

El gigante se puso en pie. Todavía se encontraba aturdido, débil, pero necesitaba aire fresco... pensar.

—No quiero hablar ahora —dijo como única contestación.

La boca del camaleón cayó hasta el suelo. Aquella reacción, no la esperaba.

—Acabo de salvarte de una falsa amenaza. No tienes por qué seguirle el juego, liberar estrellas... no tiene poder. Te he dado la libertad, ¿acaso no estás agradecido?

Y el Cazador, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, se volvió hacia el camaleón, y en un tono tan autoritario que le hizo retroceder, dijo:

—No vuelvas a seguir a Min. No te quiero cerca cuando venga a esta cabaña —. Y oscureciendo aún más una mirada que era de por sí más negra que la propia noche, prosiguió—. No te metas en mis asuntos.

Dragón abrió los ojos, enormes y redondos, con sorpresa. Los entrecerró después con recelo.

¿Qué le sucedía al gigante?

Fuera lo que fuera, no permitiría que Min jugara con él.

Los días pasaron y Min volvió.

Cuando Min empujó la puerta de la cabaña, el Cazador estaba ocupado, tan concentrado en lo que estaba haciendo que ni siquiera reparó en su presencia.



Se acercó con pasos lentos y cortos, y a medida que lo hacía, se dio cuenta de lo que mantenía al gigante tan ocupado.

Estaba dibujando.

Min se detuvo en seco. Quedó inmóvil, sin mover un solo músculo. ¿Qué sucedía si el Cazador se daba cuenta de que lo observaba? Tan vez se enfureciera y convirtiera en pedazos sus maravillosos dibujos, como hiciera la vez anterior.

Tal vez lo mejor sería dar media vuelta y desaparecer. No molestarlo y volver un poco más tarde.

Pero cuando Min se disponía a retroceder, una voz hizo que se detuviera de nuevo.

—Min —dijo el gigante—, estoy dibujando. Tu carboncillo es realmente extraordinario. Es suave al tacto y se desliza en el papiro cumpliendo exactamente con mi voluntad. Los trazos son poderosos y ligeros, sencillos y maravillosos.

Min se sonrojó. Aquello era un cumplido a su regalo, y sintió orgullo. El gigante miraba en su dirección y los reflejos de las llamas acentuaban un gesto amable y desconocido.

Min se acercó a él sin dudarlo.

Cuando llegó junto a la mesa el gigante extendió su brazo y animó a Min a subir a él. Aquella fue la segunda vez en su vida que tuvo contacto con una criatura que respiraba y se movía, una que no fuera Dragón, y no era desagradable.

Una vez sobre la mesa, Min admiró los fabulosos dibujos. Allí estaban el perro Rocky, sano y feliz con las niñas que serían su nueva familia, y un dibujo del puente donde fue encontrado.

Min se sentó frente al gigante, pensando si eso significaba que el gigante se estaba conmoviendo por sus historias. Se sentó sobre los papiros que flotaban como barcas en aquella mesa metálica que parecía un mar.

—¿Listo para tu cuento? —le preguntó.

Y el gigante asintió. Estaba listo.



*Capítulo 15. UN AMIGO ENTRE ENEMIGOS (IE  
Vicente Cañada BLANCH, de Londres)*

Escucha, Cazador, la historia que te voy a contar. Es una historia de valentía y generosidad: la historia de un hombre que pone en peligro su vida para salvar la de otros. Comienza así:

“Aquí estoy, 1 de abril de 1945, con miedo y hambre, pasando frío. La batalla iba a comenzar. Yo era el único sin un arma porque no me gustaban. De hecho, había jurado que nunca tocaría un arma en mi vida.

Quizá, estéis preguntándoos qué hago en la guerra sin un arma. La respuesta es sencilla: soy médico. Intento ayudar a los pobres soldados heridos, tumbados en la batalla, doloridos, sin comida...

Recuerdo como todos los soldados escalábamos la red hasta la cima del acantilado donde se lidiaba la batalla. Esperábamos por si acaso había enemigos dispuestos a dispararnos. Cuando todo estuvo en silencio, el capitán gritó: “3...2...1...AL ATAQUE!”. Todos los soldados corrieron hacia los enemigos con gritos de guerra. Yo, sin embargo, tenía mucho miedo.

Mientras mi unidad estaba en el suelo disparando balas hacia el enemigo, yo buscaba a quién socorrer. Oí ruidos en la distancia, fui corriendo hacia allí, esquivando las balas y me acerqué a un herido. Tenía un agujero de bala en su pierna: estaba perdiendo mucha sangre. Le puse una venda y le llevé hasta la zona de bajas, le dejé con otro doctor y fui a rescatar a otros compañeros. Los enemigos venían muy rápido y eran muchos... había heridos por todos lados.

Algunos huyeron hacia nuestra base, pero otros nos quedamos. En ese momento tuve que esconderme. Lo hice en el agujero de un árbol y esperé. ¡Todo estaba en un profundo silencio! Oí a los

enemigos cómo se acercaban a rematar al resto de los heridos. ¡Qué crueles eran!

Como pude fui corriendo hasta otro herido. Se llamaba John. Descubrí, entonces, que era un amigo mío con el que siempre iba de bares antes de la guerra. Le vi gravemente herido. Me contó que una bomba había explotado a su lado y, mientras hablaba con él, me di cuenta de que le faltaban las piernas. Pude arrastrarlo hasta el filo del acantilado, pero no podía bajar con él: pesaba demasiado como para hacerlo solo.

No me podía dar por vencido. Necesitaba pensar cómo hacerlo. Al final tuve una idea: cogí una cuerda, se la até alrededor de su cuerpo y, poco a poco, le bajé hacia el final de acantilado. Me dolían las manos. El esfuerzo, sin embargo, había merecido la pena: conseguí bajarlo.

Me fui, entonces, a buscar más heridos, a pesar de que era muy difícil moverse sin ser visto, porque había enemigos en guardia por todo el campo de batalla. Me tiré al suelo y fui arrastrándome por el barro buscando más heridos. Encontré a otro soldado y le llevé, de nuevo, hasta el filo del acantilado y realicé la misma operación que había hecho con mi amigo.



Continué así horas. Allí iba hacia adelante y hacia atrás, salvando a todo aquel que me encontraba en mi camino. Estaba sin aliento, pero me repetía a mí mismo una y otra vez para motivarme y superar mi propio dolor y cansancio “uno más solo, uno más”. Vi que mis manos sangraban y las cubrí con una venda, mi destino era seguir salvando vidas. Para siempre”.

Como ves, Cazador, tienes que ser generoso en la vida porque te hará sentir bien contigo mismo. ¿No te parece que tú también querrías que lo fuesen contigo?

*Autor: Marcos López-Mora Jerónimo*



## Capítulo 16

La historia fue una caricia que se coló por los oídos del Cazador y recorrió cada uno de los puntos cosidos de su cuerpo de tela de saco.

El gigante escuchaba absorto, sin mover un solo músculo. Escuchaba la historia y la procesaba en su mente, imaginando las imágenes, las ilustraciones en las que trabajaría después. El deber de ayudar a los demás aun poniendo en peligro su propia vida, como el médico del relato, era más bien peligroso, pero al mismo tiempo le producía una sensación tan agradable que sintió como si una corriente eléctrica lo recorriera entero.

Aquello bien valía el precio, así que no le importó descoser la costura que le cruzaba desde el pecho hasta la panza y dejar libre a otra estrella, pequeña e intensa esta vez, danzarina y brillante como pocas.



La observó estirar sus rayos, desentumecer cada arista y peinar cada saliente antes de volar libre y alto, al lugar que le correspondía en el cielo.

Min se acercó al gigante, un paso adelante, y tímidamente le dio las gracias antes de salir al bosque a todo correr, presa de la emoción y la alegría. Seguía con la mirada el punto en el que la pequeña estrella presumida se detuvo a hablar con otras, y rio fuerte.

Lo estaba consiguiendo.

Lo lograría.

Estaba impaciente por llegar a casa y esperar la nueva historia para el Cazador, pensando también en las preciosas ilustraciones que le inspiraría.

Entre las sombras, un pequeño camaleón vio al ser humano partir y se dirigió al gigante que dejaba exhausto, tan cansado que debía apoyarse en la mesa en un esfuerzo por no caer.

—Viejo gigante sentimental —dijo para sí mismo—, si tú no estás dispuesto a ayudarte y detener esta farsa deberé ser yo quien lo haga por ti. Nunca pensé que dejarías marchar a ese saco de huesos mentiroso, pero yo no cometeré tu mismo error.

Pasaron los días y Min y una de las libélulas trabajaban en la próxima historia, una que llegaba desde, nada más y nada menos que de Sevilla.

—Debes tener cuidado —dijo la libélula en cuanto hubo terminado de contar la historia a Min—, no olvides que se trata de un Cazador feroz y experimentado, que juega con su presa, disfrutando con la captura...

Min sacudió la cabeza y sonrió a la joven libélula.

—No tengo nada que temer. Mi propósito es noble. Quiero devolver al cielo lo que le pertenece... Y además soy veloz y valiente. Nada nunca podría sucederme...

—Se trata del Cazador de Estrellas, Min, debes andarte con ojo.

Min no tenía miedo.



—No va a hacerme nada de nada. Piensa que soy descendiente de brujas y gnomos. Me teme más él de lo que yo pudiera temerle jamás. Y ya he conseguido liberar cinco estrellas, ¡cinco estrellas! ¿No es maravilloso?

—Pero Min...

—No temas. He de marcharme ahora. Tengo la historia que me has traído y es tan bella que hará que esta noche una nueva estrella corone el cielo, una que nunca debió abandonarlo.

Min descendió la colina en la que se situaba su casa a todo correr, y a medida que se alejaba, alzó los brazos, sacudiendo las manos en señal de despedida.

Las libélulas sin embargo no podían apartar la preocupación de sus rostros.



## *Capítulo 17. EL DESEO DE LOS NIÑOS Y DE LAS NIÑAS (Instituto Juan de Mairena, Sevilla)*

En un lugar no muy lejano, hace muchos años, había un país llamado Machí donde no se trataba a todos los niños y a todas las niñas como lo que eran.

Desde que eran muy pequeños empezaban a trabajar de lo que podían, así hasta ser mayores: no podían ir al colegio, jugar y disfrutar con sus amigos y amigas.

Sus días transcurrían trabajando desde por la mañana hasta la noche. Esto les parecía aburrido y triste, aunque cuando veían a otros chicos y otras chicas cargando con sus mochilas y acudiendo al colegio, instituto o la universidad, soñaban que ellos y ellas algún día también podrían hacerlo.

Un día decidieron cambiar la tristeza por la felicidad y lograr su sueño: disfrutar de la Infancia.

Decidieron crear una Red a la que llamaron “Unidos/as” que investigase si había otros lugares del mundo donde hubiera niños y niñas como ellos y ellas.

Salieron de Expedición a la que llamaron “Expedición Solidaria” y viajaron por todo el mundo, y fueron detectando que había más lugares del mundo donde había otros niños y niñas que tampoco podían disfrutar de su infancia y que trabajaban en condiciones casi de esclavitud, y donde sus derechos no eran ni reconocidos ni respetados.

Por cada lugar que pasaban se reunían todos y hablaban de su situación y de cómo podrían cambiarla. Cada vez la Red se hacía más fuerte y más chicos y chicas se unían a la expedición.

En uno de sus viajes se encontraron a una chica y un chico llamados Pepa y Mariano, que les preguntaron qué hacían allí y que si podían ayudarlos.

Mariano y Pepa vieron que los niños y niñas de la Expedición, parecían cansados y con hambre.

Los niños y las niñas de la Expedición les explicaron qué les sucedía y que iban buscando más niños y niñas como ellos y ellas y una solución para su problema.

Pepa y Mariano decidieron unirse a la Red Unidos, y entre todos y todas pensaron que sería una buena idea escribir una carta a todos los países del mundo y contarles que sucedía con los niños y niñas en muchos lugares.

Pepa y Mariano escribieron la carta ya que los demás no sabían ni escribir ni leer.

La carta llegó a todos los rincones del mundo y ayudó a concienciar a la ciudadanía sobre los derechos de la Infancia.

Poco tiempo después, todos empezaron a disfrutar de sus derechos como cualquier otro niño u otra niña del mundo, logrando cambiar el trabajo por el colegio, la tristeza por la alegría y sus desventajas por oportunidades.



Ahora todos pertenecen a la Red 'Unidos/as' y vigilan para que todos y todas disfruten de una Infancia feliz. Continúan haciendo expediciones, y se han convertido en Observadores Internacionales que velan por los derechos de la Infancia y para que ningún niño o niña sea discriminado o discriminada.

*Autora: Aysa Jaló Fernández  
4º de ESO*



## Capítulo 18

Dragón, herido de orgullo, observó desde fuera de la cabaña, a través de una de las grietas con espinos y enredaderas que poblaban las paredes.

¿Por qué tenía Min hechizado al gran Cazador? No era descendiente de seres mágicos, pero eso no significaba que no hubiera conseguido algún conjuro de alguno de ellos. Había duendes que te vendían algunos por unas pocas bayas.

Eso debía de ser.

¿Por qué si no el gigante seguía debilitándose, perdiendo estrellas? No había otra explicación. Seguro que el saco de huesos lo había hecho presa de un conjuro, de ahí su comportamiento tan extraño.

Los observó de nuevo. Allí estaban, pintando garabatos en trozos de papiro, como si el Cazador estuviera enseñando a Min algunas técnicas de dibujo. Era lo más ridículo que había visto jamás.

Algo no marchaba bien, y al parecer él era el único dispuesto a restaurar el orden de nuevo, tan cierto como que las moscas en almíbar son el mejor postre del mundo, para invierno y para verano.

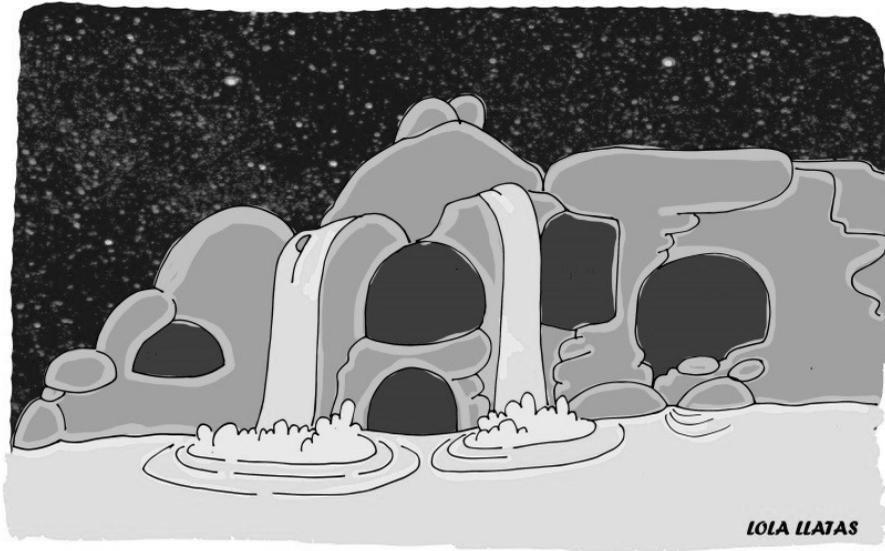
No esperaría más.

Si se trataba de conseguir conjuros, él también jugaría a ese juego, así que decidió que visitaría al rey de los gnomos, en las cuevas junto a la cascada.

Seguro que podrían ayudarlo.

Ellos darían con la manera de deshacerse de Min.

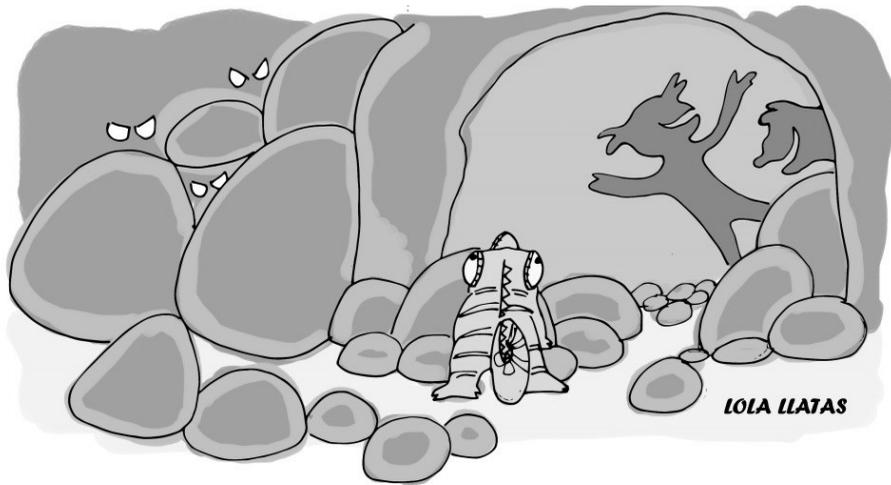
Emprendió el camino hacia la cascada aquella misma noche, furioso y decidido a dar con la solución, en la manera de hacer que el Cazador pensara en sí mismo y en recobrar la salud que comenzaba a faltarle. Debía recuperar las estrellas antes de que fuera tarde.



Cuando los primeros rayos de luz tiñeron de rojo y gris el horizonte, Dragón llegó a su destino y con todo el sigilo que pudo reunir, caminó entre las piedras redondeadas, cauto, camuflándose con los colores, dispuesto a no dejarse ver.

Los gnomos rondaban cerca. Podía sentirlos y del mismo modo sabía que lo sentirían a él. Debía ser precavido porque como todo el mundo sabe, cuando un gnomo del valle decide hacerte su presa, no existe manera de librarse de sus bromas pesadas jamás.

Dragón se acercó tanto a la entrada de la gran cueva que podía ver las siluetas de los gnomos que rondaban adentro. ¿Cuántos debía de haber? Podía contar más de veinte, desgarrados, con el cuerpo lleno de pelo y la cabeza calva, y con los brazos que les arrastraban hasta los pies.



Dragón aguantó la respiración. Dicen las normas del valle que si llegas a la cueva principal de los gnomos sin ser visto, si logras poner un pie o pezuña, lo que se tercie, dentro de la cueva, podrás pedir audiencia con su rey y pedirle un deseo.

Si no lo consigues, si te ven antes y fracasas, los gnomos te usarán de juguete para siempre. Les encanta jugar, pero sus juegos, no siempre son demasiado divertidos.

El camaleón lo sabía, por eso tenía incluso el pensamiento congelado y esperaba oculto su oportunidad. Estaba cerca, sólo tenía que estirar una pata y así hizo.

—¡Te pillé!

Y notó como tiraban de su cola y le hacían dar vueltas rápidas en el aire.

Dragón gritó entonces, mareado, con sus ojos, de por sí saltones, que parecía que le iban a salir disparados en cualquier momento.

—¡Te pillé! ¡Mi juguete! —decía una voz por detrás suya.

—¡Nooooo! —se quejaba Dragón—. Técnicamente toqué la cueva. Planté la pata en ella... ¡Incluso me llevé una roca del suelo! ¡Nooooo! ¡Suéltame!

Y otro más que acudió y lo estiró de la lengua. La tensaba y la soltaba de golpe, provocando la risa en todos los que se acercaban.

—¡Gnomos malos! —balbuceaba Dragón con la cola y la lengua doloridas.

—¡Juguete divertido! —decían los gnomos.

Hasta que de repente, una voz más potente que las del resto, los hizo callar a todos.

—¡Silencio!

Todos obedecieron de inmediato. Incluso Dragón dejó de quejarse, sin decir nada.

El rey de los gnomos se plantó frente a Dragón y este tragó saliva. Después le tendió la piedra que aún aferraba en su pata delantera.

—Llegué a la cueva —decía el camaleón—. Quiero mi audiencia...

El rey olió la piedra e hizo una señal para que el resto se retirara.

Dragón respiró aliviado. Un minuto como juguete de gnomos era más de lo que podía aguantar. No podía imaginar lo que supondría una vida entera.

Y mientras los demás se alejaban fastidiados, Dragón siguió al rey hasta el interior de la gran cueva, mientras se examinaba la cola, su elegante cola, estirada y enroscada como si tratara de cualquier cosa.

Menos mal...

Pero el alivio de Dragón se desvaneció por completo cuando se vio solo, en el interior de aquella cueva hostil, y cara a cara con el rostro más retorcido y burlón que jamás imaginara: el del rey de los gnomos.

Dragón contó su historia con pelos y señales. Narró acerca de Min, el ser misterioso, menudo y salido de la nada que de repente tenía tanta influencia en el Cazador como para hacer que se despojara de sus estrellas, y después pidió:

—Sé que los gnomos sabéis de hierbas y pócimas, de ungüentos y venenos... y eso es justo lo que necesito para librarme de Min.



El rey lo contemplaba con las cejas arqueadas y la mirada profunda. No había dicho nada y se había mantenido con el mismo semblante serio y solemne desde que comenzara el relato, digiriendo cada frase y absorbiendo cada idea.

Sólo se movió, y poco, mostrando los dientes en una sonrisa extraña, cuando escuchó la palabra «veneno».

Veneno para Min.

—Deja que comprenda —dijo el rey en voz alta, para organizar sus ideas—. Me dices que tu amigo, el Cazador de Estrellas, el temible, el horroroso Cazador... está débil. Resulta que hay una criatura...

¿humana? Vale, humana, que le obliga, de alguna manera, a liberar las estrellas que le dan el poder ¿Es así?

Dragón asintió un millón de veces con la cabeza. Aquel rey era muy listo, y lo había comprendido todo a la perfección.

Se hizo el silencio y el rey se puso entonces en pie, dio media vuelta, y busco por entre los frascos que se agolpaban en las estanterías y vitrinas de la sala de trono.

—Esto es lo que necesitas, lagarto —dijo el rey tomando algo de uno de los estantes.

—Camaleón —corrigió Dragón—. Técnicamente los camaleones somos...

—¡Esto! —interrumpió el rey dándole un susto.

Y el rey se colocó tan cerca de Dragón que a este le dieron escalofríos y tragó saliva.

—Esta planta se llama «la dormilona». Una sola flor, restregada por la cara, es suficiente para que caigas inconsciente y no despiertes en al menos un mes. Dale esto a Min, y que falte a su cita. Después de eso echará pestes de los seres humanos. Garantizado. El Cazador será libre para escucharte de nuevo.

Dragón alargó sus patas delanteras y dejó que el rey posara la flor sobre ellas, como si del más valioso y delicado tesoro se tratara.

La admiró, y el brillo de la flor, blanca como la leche, se reflejó en sus pupilas verdosas.

El rey no le quitaba la vista de encima mientras el camaleón se marchaba, desecho en mil reverencias.

Un gnomo, el de confianza del rey, se acercó entonces al monarca.

—Su majestad, los súbditos se impacientan, quieren al juguete, al lagarto.

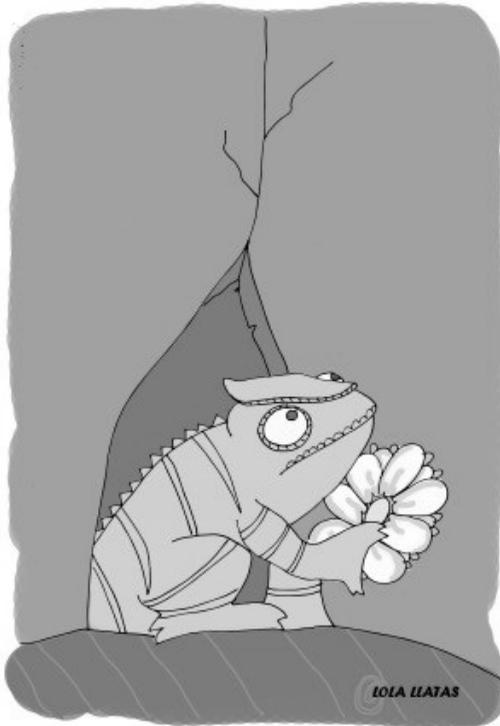
—Dejadlo marchar. No es más que un reptil insignificante. Sé de un juguete mejor, enorme, de tela de saco, débil, tan débil que podríamos contra él, por primera vez, después de tantos siglos.

—Será divertido, majestad. Nos encantan los muñecos de trapo.

Y ambos gnomos se echaron a reír.

Dragón regresó a la cabaña del Cazador con el tiempo justo de escuchar el comienzo del siguiente cuento.

Tenía las patas doloridas. Había sido un viaje largo y pesado, y sujetaba aquella flor; la dormilona, con el mismo cuidado que pusiera cuando se la entregó el rey.



No le importó escuchar la historia. De paso descansaría y aliviaría las patas.

Al fin y al cabo, si todo salía como esperaba, sería el último cuento.

Ya no habría ni más historias ni más visitas de aquel saco de huesos, pero lo que más le gustaba es que no habría más estrellas saliendo del pecho del Cazador para escapar al cielo.

Se acurrucó en su grieta preferida de la pared y apretando la flor contra él, se dispuso a escuchar el cuento.

El último, para siempre.

## Capítulo 19. ANALANDIA. (CP Miguel de Cervantes, de Alicante)

Érase una vez un grupito de personas, todos diferentes. Estaba la niña que cogía cosas, el niño que lo perdía todo, el niño mareado, la niña copiona, el niño que rezaba, el niño escondido y la chica pegada a un chico.

El grupito vivía en una aldea llamada analandia, intentaban convivir en paz pero eso era imposible. Constantemente se culpaban unos a otros, por ejemplo cuando faltaba algo en la aldea todo el mundo culpaba a la niña que cogía cosas o al niño que lo perdía todo, en cambio si aparecían dos jardines iguales la culpa era de la copiona, y así un problema tras otro.

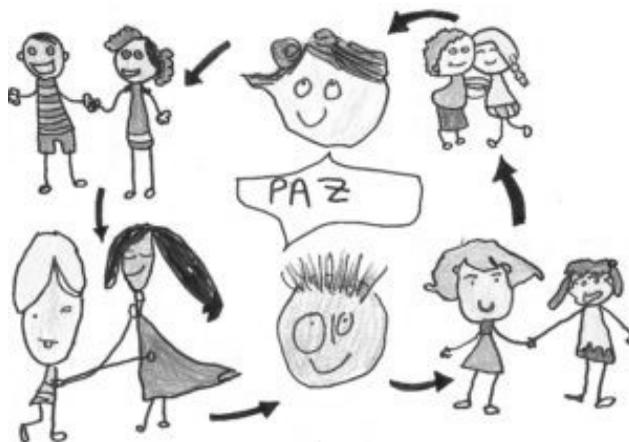
Un día apareció una mujer sabia, llena de ideas que se llamaba tranquilidad y les dijo:

– hablar, entre vosotros.

Y así lo hicieron, el niño mareado tomó la palabra y dijo:

– yo soy así, no puedo cambiar.

El niño que rezaba le contestó:



-De acuerdo lo sé, pero eres un buen amigo, no importa lo demás.

Y así una persona tras otras explicaron sus fallos y sus virtudes. El grupito finalmente comprendió que aunque eran muy diferentes solo necesitaban diálogo, respeto y confianza para poder convivir en paz.

*Autores:*

*la clase del Programa de Cualificación Básica 1 (PCB): Tamara, Lydia, Miguel, Cristian, Marina, Alex, Rafa y Silvia.*

*la clase de la Etapa de Secundaria: Nerea, Lucía, Ángela, Marina, Dani, Fran, Jordi y Raúl.*

## Capítulo 20

Min salió de la cabaña apresuradamente, con la emoción y la alegría de las veces anteriores. En su mente bailaban los personajes del cuento que acababa de contar. Estaba la niña que cogía cosas, el niño que lo perdía todo, el niño mareado... y todos ellos respetaban aquello que los hacía diferentes, únicos.

Cuando al fin divisó su suave colina, rematada de flores y tallos frescos, alguien gritó su nombre, y Min se detuvo al instante. ¿Había escuchado bien?

—Min, Min... espera —escuchó varias veces.

No había duda, había alguien llamando.

Min se dio media vuelta pero no vio a nadie.

—Min, Min...

Dio un par de vueltas más alrededor de su espalda pero nada... hasta que lo vio: una sombra al principio, sin color, invisible, y dos ojos grandes después, redondos y saltones. A medida que se acercaba iba tomando forma, con escamas plateadas como la noche y vercosa como las hojas que acariciaban su cuerpo al avanzar.

Sostenía una preciosa flor entre sus manos.

—¿Quién eres? —preguntó Min poniéndose en guardia, consciente de los peligros que encierra la oscuridad de la noche.

—Soy Dragón, soy amigo del Cazador de Estrellas.



Min no perdía de vista al camaleón, con la cola larga y la lengua serpenteante. Los ojos fijos en los suyos, girando cada uno en cada dirección.

Min lo esperó con las piernas flexionadas y un puño adelantado, su mejor posición defensiva, pero cuando Dragón salió por entero de las sombras y estuvo cerca, Min respiró con alivio.

—Te conozco —dijo entonces, y Dragón puso cara extraña—. Te he visto en los dibujos del Cazador. Debe de apreciarte mucho, porque te ha dibujado tanto que parece que te conozca sin haberte visto jamás.

Dragón se sorprendió al principio y se sonrojó después.

—¿En serio? —preguntó con curiosidad— ¿Me dibuja a mí?

Min asintió con una sonrisa, y la mente del camaleón se oscureció de nuevo.

«Es mi amigo», pensó, «nos tenemos aprecio mutuo, por eso me dibuja, y por eso también debo ayudarle. Es mi amigo».

«Mi amigo».

Debía cuidar del Cazador ya que no era capaz de cuidar de sí mismo.

—Somos muy amigos —afirmó Dragón.

Y cogiendo fuerza de sus pensamientos, hizo acopio de valor y saltó sobre Min. La cría de humano se debatía, intentando zafarse, pero el camaleón tenía un claro propósito: cuidar de su amigo, y ni la mirada suplicante de Min hizo que desistiera en su empeño.

Restregó la dormilona en la carita pálida de Min y antes de que pudiera contar hasta tres, ya estaba inconsciente, en el mundo de los sueños.

Dragón soltó entonces el cuerpecito escuálido y al verlo allí tendido, abrió los ojos horrorizado por lo que acababa de hacer y huyó deprisa, tan rápido como le permitieron sus patas.

Algo dentro de él sabía que había hecho mal, que aquello había sido una locura, pero no podía estar mal, lo hacía por su amigo.

Su amigo el Cazador, debía protegerlo.

Y como era de esperar, siete días después, Min no acudió a la cita con el Cazador.

El gigante esperó pacientemente, sentado en su silla, dibujando a los habitantes de la aldea de Analandia con sus casas y sus jardines, tan concentrado que perdió la noción del tiempo. Se dejó llevar por sus dedos ágiles de Cazador, que en lugar de matar estaban creando y en lugar de asediar, fluían libres... hasta que levantó la vista y miró extrañado a su alrededor.

«Min», pensó, «ya debería estar aquí. Es tarde».

Se levantó de la silla, arrastrando las patas en el suelo y provocando un chirrido que terminó de ponerlo alerta.

Se dirigió hacia la ventana y miró afuera. Aunque estaba oscuro, sus ojos veían entre las sombras, como los de un ave nocturna, rapaz. Se fijó en cualquier movimiento de ramas que indicara el avance de Min, o cualquier sombra que delatara su presencia, pero nada.

Aquel era el camino que tomaba Min en cada visita, y por más que forzó la vista, no encontró indicios de su presencia.

—¿Qué sucede? —preguntó Dragón—, ¿esperas a alguien?

No había nadie, pero el Cazador se volvió con desgana hacia el lugar del que provenía aquella voz. No tuvo que esperar más que unos segundos para que de repente se materializase en ese mismo lugar, no levantando más de un metro del suelo, su único compañero, Dragón el camaleón.



El gigante ya no podía verlo, y volvió a concentrarse en la negrura de la noche allá fuera, en el camino, pero pocos minutos después, notó las patas invisibles del camaleón trepando a su lado, en la pared.

—No va a venir —dijo Dragón—. Se lo escuché decir en tono burlón a sus amigas, las libélulas, las sabrosas libélulas. Les decía que se ha cansado de tus dibujos y de contarte historias, que ya ha sido bastante y tiene otras cosas que hacer. Eso es lo que escuché.

Dragón tragó saliva. No le gustaba mentir al Cazador, nunca antes lo había hecho, pero la gravedad de la ocasión así lo requería. Lo hacía por su amigo, y por su seguridad. Debía hacerlo.

El gigante seguía con la mirada clavada en el camino, tan inmóvil que el camaleón no estaba seguro de que le hubiera escuchado.

Dragón se acercó un poco más al gigante, sigiloso, y observó entonces las costuras abiertas y rotas que había entre sus dedos, en los hombros y en las muñecas. Dragón abrió la boca sorprendido y aterrado. Su amigo estaba débil, y sintió mucha pena de su dejadez.

—Debes cazar, Cazador. Sal a por estrellas o te acabarás deshaciendo en mil retales.

El gigante se dio media vuelta malhumorado, y corrió a sentarse de nuevo en su silla, frente a los papiros.

—Min vendrá —se limitó a decir.

Dragón le acercó la jarra de agua, que parecía flotar por encima de la mesa, llevada por sus patas invisibles, pero el gigante la rechazó. No tenía sed.

Y estuvieron así durante horas, uno sentado en la silla y el otro hecho un ovillo sobre la mesa, dando alguna que otra cabezada, agotados, hasta que la oscuridad se fue haciendo clara y la noche dio paso al sol y a sus primeros rayos.

El gigante seguía con el mismo semblante, serio y congelado, pensativo. Ni siquiera había modificado su postura desde que se sentara la noche anterior.

Y cuando el día terminó de nuevo y comenzaron a poblar el cielo las primeras estrellas, el gigante se puso en pie y sin mediar palabra salió de la cabaña.

—¿Dónde vas? —le preguntaba Dragón— Dime que vas de caza...  
¿Vas de caza?

El gigante no contestó pero el camaleón estalló de alegría por dentro.

El gigante se adentró en el valle. Su mirada negra era sombría y tenebrosa, y su boca estaba cerrada en una mueca seria, de esas que denotan concentración y enfado al mismo tiempo.

Se sentía furioso y exhausto.

Se sabía burlado y humillado, y nunca antes nadie se había burlado de él.

En lugar de trepar al monte más alto de todos y el más escarpado, probar con su lanza y llenarse el buche de estrellas, caminó.

Caminaba con los ojos escrudiñando el valle, recorriendo la tierra en lugar de los cielos, y lo hizo así durante noches enteras, con los búhos y las águilas que se ocultaban a su paso, hasta que las vio.

Libélulas.

Cientos de ellas. Libélulas.

«Min», pensó.

Y algo dentro de él, hecho de la misma electricidad que ya había sentido en ocasiones anteriores, como una corriente que lo activó de repente, lo impulsó a acercarse.

Las libélulas se agolpaban a cientos, a miles tal vez, era imposible contarlas de tan inquietas que parecían. Formaban una nube, como un escudo pero, ¿qué es lo que estarían intentando guardar?

Cuando se acercó a ellas, lo rodearon. Aletearon tan cerca de su rostro que le hicieron cosquillas, e intentaban hablarle, eso lo supo, pero claro, no pudo entenderlas. No es muy corriente conocer el lenguaje de las libélulas. No es tan popular como el de las abejas o los gansos, y las frases son muy enrevesadas.



Se introdujo en la nube, entre los aleteos y los grititos en el oído, y cuando se agachó hasta su centro, lo vio: el cuerpo dormido de Min.

Estaba inmóvil y respiraba suavemente, con las mejillas sonrojadas y el semblante tranquilo.

«¡Min!», chilló el Cazador, por dentro, con todo su ser.

El Cazador tomó a Min entre sus brazos y la nube de libélulas le indicó un camino. Formando dos muros de alitas pegadas las unas contra las otras le indicaron una dirección y cuando el Cazador miró de frente vio una colina suave, moldeada por mil vientos, dulce, poblada de flores y tallos verdes, y en su cima, una casita, la casita de Min.

Mientras caminaba hacia ella con el cuerpecito dormido en brazos, las libélulas seguía hablándole, atropellándose las unas a las otras.

De haberlas entendido, hubiera sabido que decían:

—Lleva así, durmiendo, desde hace casi dos semanas.

—No se despierta.

—Le acercamos el agua pero necesita más. Ha perdido mucho peso...

—No hemos podido mover su cuerpo, es muy pesado, pero hemos sido su protección, su escudo...

—Seguro que tiene algo de frío, creo yo.

Cuando el Cazador llegó a la cabaña de Min, era tan pequeña que no podía entrar en ella, pero depositó su cuerpecito en la cama mullida a través de la ventana, y le proporcionó agua y frutas machacadas.

Esa fue su ocupación, día y noche, y cuando estaba cansado, se tendía sobre la colina, al lado de la casa, y dormía sin separarse de Min ni un instante.

Ojalá diera a Min la fuerza para despertarse pronto.

¿Qué podría haberle pasado?

## Capítulo 21

¿Qué le había sucedido?

«Min», llamaba con sus pensamientos. «Min».



Ya habían pasado más de trece días desde que encontrara su cuerpo protegido por un mar de libélulas, y menos mal, porque de no haberse alimentado, y bebido, no respiraría.

Y durante esos trece días, el gigante rogó al cielo por su recuperación hasta que como si el universo hubiera escuchado sus lamentos, Min hizo una mueca.

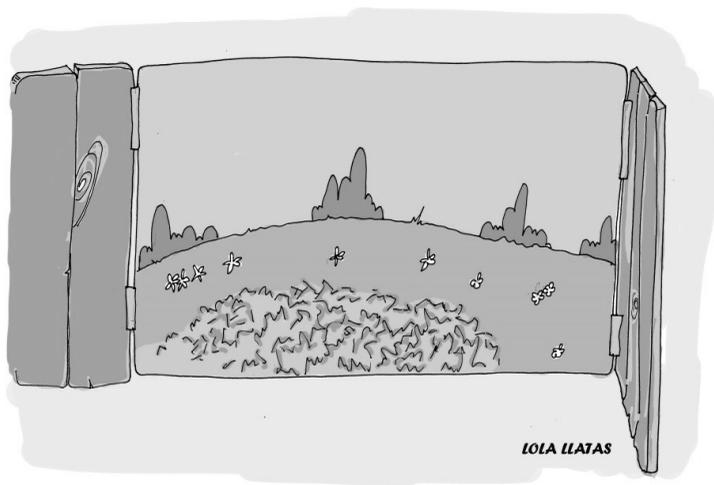
Se rascó la nariz primero y se frotó los ojos después.

Los abrió entonces lentamente, para acostumbrarse a la claridad, sin tener ni idea del porqué de la pesadez que sentía. Se desentumeció brazos y piernas y miró a su alrededor.

Estaba en su cama, en su habitación, y no había nadie allí.

Había tenido sueños tan extraños. Soñó que alguien cuidaba de su reposo, alguien le había dado agua cuando tenía sed.

Se puso en pie y se dirigió hacia la ventana. Afuera no había nadie, pero era raro, porque bajo ella había una extensión de tallos aplastados y hierba removida. Incluso la superficie estaba algo hundida, como si hubiera habido una piedra gigantesca apostada allí.



—Qué extraño —se dijo.

Para entonces el Cazador ya estaba lejos. Empezó la marcha cuando los ojos de Min comenzaron a abrirse y corría por el valle, de regreso a su cabaña, con un intenso y nuevo sentimiento que le recorría todo el cuerpo como una corriente, tan intensa que lo dejaba sin respiración.

El gigante no sabía cómo llamar a esa sensación. Los humanos la llamamos «felicidad».

Min volvió a la cabaña a la semana de despertar. Claro, no supo lo que le había pasado, ni que había estado inconsciente tanto tiempo.

El Cazador hizo prometer a las libélulas que no dirían nada.

Min pensó que sólo habían pasado siete días desde su visita anterior cuando en realidad había pasado un mes y entró como siempre entraba, empujando la puerta, llamando y saludando al Cazador.

¿Cómo imaginar que había pasado tanto tiempo durmiendo? ¿Cómo saber que fue el gigante quien le proporcionó el alimento y el agua para subsistir? Le había salvado la vida, pero el Cazador quería mantenerlo en el más absoluto de los secretos.

¿Qué sucedería con su reputación si de repente se corría la voz de que se dedicaba a ese tipo de cosas?

Sería su final, toda una humillación.

Había sido una excepción de la regla. Él era un Cazador despiadado.

Y cuando Min entró y lo saludó, se encontró con un gigante débil y cansado, sentado en su silla y con algunas costuras rotas.

Sostenía el carboncillo con sus manos, pero se le resbalaba de entre los dedos.

—Hola Cazador —dijo Min—. Aquí regreso, puntual a nuestra cita.

El Cazador sonrió para sus adentros. Estaba contento de ver a aquella cría de humano, en pie y hablando de nuevo... bien.

Y al parecer las libélulas, como muestra de agradecimiento, habían cumplido su promesa.

—Y aquí te espero, valiente Min, descendiente de poderosas brujas y endiablados gnomos. No he cazado, fiel a nuestro trato también.

—Traigo tu historia— dijo Min, firme.

Y el gigante asintió débilmente.

—Y yo tengo tu estrella.



## Capítulo 22. CONTRA EL MIEDO (Colegio Lepanto, Sevilla)

Los cuadernos recién comprados, los libros con olor a nuevo y aunque el calendario marcara el mes de septiembre, hacía un calor propio de agosto. Jawall volvía a tener esa sensación de nudo en el estómago porque sabía que la pesadilla volvía a comenzar.

Lo primero que hizo al llegar al colegio fue mirar en las listas de clase. Respiró con la esperanza de que no volviera a ocurrir este año lo mismo que en el anterior. No sabía si podría aguantar más golpes en silencio y disimulando.

Odiaba los recreos porque tenía que ir buscando a los profesores con la excusa de alguna duda, cuando la realidad era que no quería verse solo porque entonces se convertía en presa fácil para ese grupo de «gallitos» que, desde que llegó de su país, lo maltrataban con insultos y golpes, y lo que era peor: el vacío de todos los demás.

Este año había caído en otro grupo y además tenía una buena compañera que como él, no era de este país.



Se sentaron juntos desde el primer día. Él sabía bien lo que era sentirse el nuevo de la clase, sin conocer a nadie.

El primer día de recreo con su nueva amiga Malú fue estupendo. Quizá no se volviera a repetir lo del año pasado.

Pasaron los días de adaptación y todo fue estupendo. Malú y él cada día congeniaban más.

A principios de octubre, el profesor de sociales mandó un trabajo sobre el Universo, y cuando iban a la biblioteca a recoger información, aparecieron los cuatro acosadores poniéndose frente a ellos para impedirles el paso al lugar.

La cara de Malú reflejaba sorpresa pero Jamall reflejaba el miedo en sus ojos. Todo ocurrió muy rápido y de pronto se encontró en el suelo, con la nariz sangrando y Malú echándole agua con la botella que llevaba.



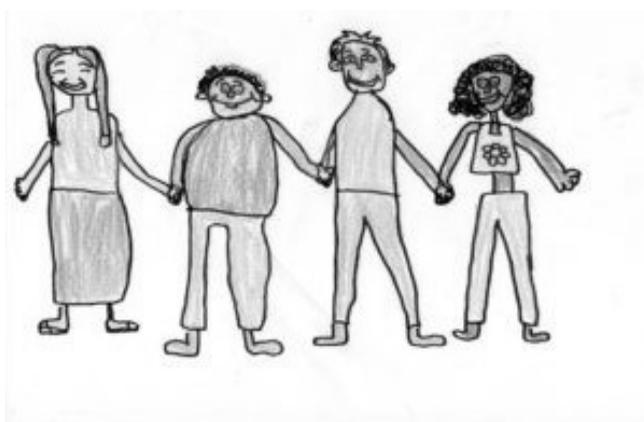
Cuando abrió los ojos estaba en el hospital y Malú estaba hablando con un agente de policía, contestando a todo lo que le preguntaban.

Cuando pudo hablar el niño, le recriminó a su amiga que hubiera llamado a la policía, pero ella le explicó que le habían visto los profesores y se había puesto en marcha un protocolo de acoso y por eso había ido la policía.

A la semana siguiente, el niño se incorporó a su clase y quedó impactado cuando vio una gran pancarta que decía «todos somos Jamall».

Los profesores le explicaron que nunca debió callarse y que sería de gran ayuda para los demás que contase sus vivencias.

Aunque Jamall estaba preocupado por la reacción de sus agresores, cuando el niño preguntó por ellos le dijeron que habían sido trasladado a otro centro.





## Capítulo 23

Cuando tras la historia, Min salió por la puerta, el Cazador se dejó caer en la silla, desplomándose con todo su peso, incapaz de permanecer de pie por más tiempo.

Su respiración era acelerada.

—¡Cazador! —gritó Dragón corriendo a su encuentro— Cazador, ¿por qué te haces esto?

—No empieces... con... lo mismo —le replicó el gigante hablando a trompicones, usando el aire de sus pulmones para pronunciar cada palabra—... no... ahora, no.

—No lo entiendo Cazador, ¿cómo dejas que te destruya de esta manera? ¿Cómo lo permites?

Dragón correteaba de un lado al otro, sin saber qué hacer, con la desesperación escrita en su cara y girando en sus ojos.

—No lo entenderías... Ni yo mismo lo entiendo... Es como si sintiera una nueva... energía... una fuerza que me llena... estoy aprendiendo tanto...

—¿No lo ves? ¿No te ves? Estás débil y desvarías ¿De qué fuerza hablas si no puedes ni mover un dedo?

El Cazador respiraba lentamente y cerró los ojos.

—Ya no sé qué hacer para ayudarte —decía Dragón corriendo de un lado al otro, llevándose las patas a la cabeza—, y bien sabe el valle que lo he intentado todo... incluso la dormilona para Min que...

Dragón se interrumpió de repente pero cuando miró al Cazador este ya lo observaba de vuelta, con los ojos bien abiertos y la cabeza levemente alzada.

—¿Qué has dicho? —preguntó el Cazador con una energía renovada. Furioso.

—Nada... Yo también desvarío. Nada.

—¿Qué dormilona? —insistió el Cazador— Cuéntamelo todo o...

—¿O qué? —chilló Dragón—. No puedes mover un dedo. Eres una sombra del Cazador orgulloso que conocí, aquel al que temían las estrellas. Tus ropas, tu pie y tu cara se abren en retales de tela de saco. ¡Alguien tenía que ayudarte! ¡Hacer algo por ti! Y sí, fui yo, ¿qué vas a hacerme? Yo le di la dormilona a Min, yo se la restregué por el rostro y dejé su cuerpo tendido en el camino para que el bosque se ocupara de él, para que no volviera, para que tú pudieras volver a ser tú, para que...

El Cazador no daba crédito a lo que terminaba de escuchar. Observaba los movimientos nerviosos del camaleón, los aspavientos y los gestos exagerados, pero le era muy difícil de aceptar. La sorpresa dio paso a la furia, la furia más profunda, la del corazón.

—Vete —ordenó a Dragón.

El camaleón quedó en silencio e inmóvil. Impresionado, como si aquella palabra hubiera sido en realidad un cuchillo.

—Vete y no vuelvas nunca jamás.

Dragón no creía lo que oía y miraba al Cazador incrédulo.

—Pero yo... ¿Quién te cuidará?

—Vete —dijo el Cazador apretando los ojos—. No quiero volver a verte nunca.

Y Dragón, con la cola gacha, se marchó.



Cuando Min entró en la cabaña, siete días después, el Cazador esperaba sentado sobre su silla, con los brazos que le caían a cada lado, inmóviles.

Los dibujos que guardaban sus papiros ya no tenían el trazo continuo y se emborronaban en algunos detalles, pero seguían siendo hermosos a pesar de eso.

Min se asomó a contemplarlos.

Vio dibujados a Jawall, a Malú y a los compañeros y compañeras que los apoyaban y no permitirían más injusticias.

El gigante parecía estar muy débil.

Tuvo que trepar por su brazo porque no tuvo fuerzas de alzar el brazo y subir a la cría de humano hasta la mesa.

—No tienes buen aspecto, Cazador —dijo Min reflejando preocupación en su rostro.

El gigante sonrió.

—Lo sé... debo de haber pillado algo. Ya sabes lo frío que es el valle en estas fechas. Seguramente una gripe.



Por supuesto que Min sabía acerca del frío. Había tenido que confeccionarse un abrigo de hojas y tallos secos para poder llegar hasta allí.

Min miró a su alrededor, las llamas mágicas que se reflejaban en las paredes, las de un fuego que no existía, mantenían la cabaña con una temperatura muy agradable.

—Pues aquí se está muy a gusto —dijo Min sin pensar demasiado en lo que decía.

—¿En serio? —preguntó el Cazador sorprendido— ¿Lo dices de verdad?

Nunca nadie le había dicho jamás que su cabaña era un lugar agradable, ni siquiera Dragón, el bueno de Dragón, y encima, ahora que estaba solo y débil, no se le antojaba el más cómodo de los refugios.

Min asintió.

—Me gusta estar aquí.

Y el Cazador sintió una corriente que conectó su pecho y sus brazos, agradable, mejor que el calor del mejor de los fuegos.



## *Capítulo 24. LEM Y CLARA (Colegio Vall D'Uxo, de Castellón)*

Yo soy Lem, una duende. Tengo el pelo azul y la piel rosa. Vivo en una escuela, mi trabajo consiste en que cuando hay una amistad nueva aparece una estrella en "EL MURO DE LA AMISTAD". Siempre veo amigos pero no tengo ninguno, ya me gustaría pero... Es que los humanos no pueden verme, para ellos soy invisible. Los de mi especie están en otro planeta. Yo soy muy amistosa, pero si no tengo a nadie para que sea mi amigo... Un día pasó algo muy extraño: una niña en su clase ¡ no paraba de mirarme!

A la hora del patio, cuando nadie estaba mirando, la niña se acercó a mí, y me dijo:

-Te he visto desde hace tiempo ¿Qué eres? Quiero saber más de ti ¿Por qué vas por las clases? ¿Y los profesores no te dicen nada?

-¿Cómo puede ser que me veas? ¡Si soy invisible para los humanos!  
-le dije.

Se lo conté todo, como a vosotros, pero ella no sabía por qué podía verme y hablar conmigo y los otros no. Le dije mi nombre, y ella me dijo que se llamaba Clara. Clara me dijo que su abuelo lo sabía todo, así que me llevó con él, Jon, su abuelo, dijo nomas verme:

- Tú eres una duende ¿Verdad? - me dijo.

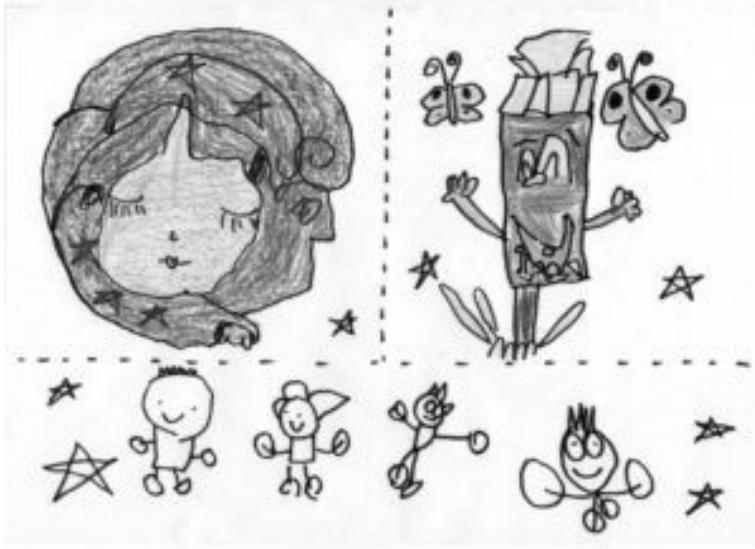
- Si, ¿Tú puedes verme? ¿Cómo Clara ? - le dije.

- Clara ¿Tú también ves a los duendes? Solo tú y yo podemos verles, tú padre no - le dijo su abuelo.

- ¿Tú sabes porque podemos verles? - preguntó Clara.

- Si - contestó.

- ¿Puedes contarnos la historia? - le pregunté.



- Claro - dijo su abuelo - Cuando tenía 9 años, poco más de la edad de Clara, los humanos veíamos a los duendes, y también venían de visita desde su planeta. Yo fui allí. Un dragón tenía en su boca al rey duende así que yo lo salvé con un golpe de karate. .En aquel entonces estaba en forma, así que el dragón soltó al rey, y se marchó. El rey, como agradecimiento, me dio el don de poder ver a los duendes, pero a los otros no, porque, cuando iban a su planeta, tiraban la basura allí. El rey se enfadó con ellos, y también les borró la memoria.

Yo no lo sabía, así que cogí la nave de reserva y me fui con Jon y Clara a mi planeta. Al llegar les dije:

- La gente ha cambiado, ya no ensucia, por favor ¿Podéis dejarles

vernos y que visiten nuestro planeta?

- ¿Eres tú, Jon? - dijo el rey duende.

- Si, soy yo, Jon, el que te salvó la vida de aquel malvado dragón.

- Vale, si me demostráis que los humanos han cambiado, a lo mejor todo volverá a ser como antes, pero, si no, a ti, Lem, te convertiré en humana.

- De acuerdo. - dije.

Cuando el rey estaba en la clase, dijo que de momento bien, pero cuando llegó la hora del patio, los niños se tiraban los papeles del bocadillo y también hacían guerra de papeles. Era un desastre. El rey me quería transformar en humana, pero le dije que no había acabado el colegio, así que la directora nada más acabar el patio dijo a los alumnos de todas las clases:

-Recoged todos los papeles, el que más recoja gana una medalla.

Dejaron el patio súper limpio. Ganó Clara, pero era una medalla de plástico.

Los humanos podían vernos, así que va ser como antes. En "ELMURO DE LA AMISTAD" aparecieron tres estrellas más: una de Clara y el rey, otra mía y de Jon y por último, la más grande de todas, la de Clara y la mía, porque es la amistad más grande que ha existido.

*Autora: Sofía Gil de 5ªA*



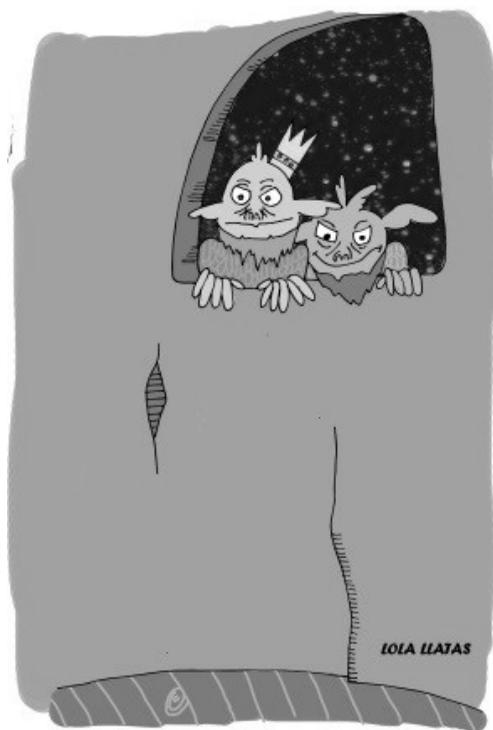
## Capítulo 25

Min terminó la historia y el Cazador aplaudió satisfecho. En cada aplauso se desprendían pequeñas cintas de saco que acababan desperdigadas por el suelo, virutas que cosían la piel del gigante.

Aplaudía dejándose llevar por el último relato y la idea de que Len, una duende y Clara, una humana, pudieran ser amigas a pesar de pertenecer a planetas diferentes. ¿No era maravilloso?

Desligando sus costuras, liberó una estrella mediana y con un brillo azul intenso, e inmediatamente se tuvo que sentar.

Era una perfecta estrella que llegó al cielo en un santiamén y lo convirtió en el más bonito de todos los tiempos.



Pero Min solo tenía ojos para el Cazador. Lo observaba con preocupación.

Dos seres más, escondidos, con los cuerpos peludos y las cabezas calvas, con orejas grandes y brazos tan largos que les arrastraban por el suelo, miraban con diversión.

—El lagarto estaba en lo cierto —susurró el rey de los gnomos a su compañero—. El gigante se está desmoronando. Pronto lo usaremos como saco de boxeo en nuestra sala de juegos.

El otro gnomo comenzó a reír tan fuerte ante tal ocurrencia que el rey tuvo que taponarle la boca antes de que Min o el Cazador pudieran oírlo. Aun así, la risa se le empezó a escapar por las orejas, como si fuera una tetera que avisa que el agua ya está hirviendo.

El Cazador se puso entonces de pie, enérgico, en guardia.

Min también creyó escuchar algo y lo observaba en silencio.

—¿Qué sucede? —preguntó.

«Intrusos», pensó el gigante, pero no dijo nada. Se limitó a olfatear.

Inspiraba grandes cantidades de aire por las fosas nasales, activado su sexto sentido de Cazador y rastreaba el aire, a derecha e izquierda, rápido, eficaz.

Clavó entonces la mirada en la ventana. Estaban allí.

¿Vio sombras o sólo le pareció verlas?

Llegó hasta la ventana de un salto, asomó la cabeza y volvió a olfatear, rastreando, inspirando aire y se acercó a un rincón entre un matorral de espinos.

Aquel era el lugar desde el que le habían estado espiando, pero ya no había nadie y el rastro difuso que se perdía en el camino y el bosque le decía que ya habían huido.

—Espere majestad —pedía entre jadeos el gnomo más rezagado mientras sorteaba las piedras del camino.

—Corre... vuela... lo que estimes, pero yo no me espero —le contestó el rey—. El Cazador no está tan débil como parece pero la próxima historia, la próxima estrella, y será nuestro.

Y la semana pasó. Los siete días parecieron esfumarse volando.

—Cuéntame algo de tus padres —pidió el Cazador a Min en su próximo encuentro.

—¿Mis padres? —preguntó Min con cara extraña— ¿Qué podría contarte de ellos?

Y el gigante sonrió.

—Cualquier cosa. Nunca antes había conocido a nadie que descendiera de brujas y gnomos. Seguro que tus reuniones familiares deben de ser divertidísimas.

Min tragó saliva. Casi había olvidado su coartada y aunque no se sentía bien mintiendo al Cazador, no podía arriesgarse a que supiera la verdad, que no era más que un simple y llano ser humano, sin poderes mágicos.



—Claro —dijo con disimulo—, es muy divertido, no creas... Mi madre es una gnoma, y ya sabes como son, todo el día jugando y bromeando. De ella he aprendido a lanzar la pelota muy alto, más alto que cualquier otro... descendiente de gnomo, y bueno, mi padre es hijo de brujas y ya sabes, cocinamos conjuros poderosísimos juntos. Soy invencible, ya te lo dije.

El Cazador sonrió. Se sentía débil.

—Dame mi cuento —pidió al fin.

*Capítulo 26. LA ORQUESTA DE LA ALEGRÍA  
(Colegio del Solar - Bahía Blanca, Argentina)*

-Niños, atentos todos, hoy es un día especial- dijo la señora Gloria nada más llegar-. Un compañero nuevo os voy a presentar. Se llama Beto y viene de muy lejos, ¿verdad?

Todos le dieron la bienvenida y le invitaron a jugar.

-Siéntate conmigo -le dijo el león Fran.

-¿Te gustan los dinosaurios?, escucha cómo gruñe ¡argggggg!

Beto sonreía. Y con un gruñido divertido se animó a contestar. ¡argggggg!

El oso Thiago le invitó también a jugar.

-Yo seré el papá y tú serás mi amigo que viene a cenar. ¿Te apetece una empanada? La acabo de hornear.

-Están deliciosas- le agradeció Beto -¿hacemos más?

El mono Santi le dejó su pelota para jugar.

-¡Lánzame la, Beto! Verás que divertido. Yo la voy a atrapar.

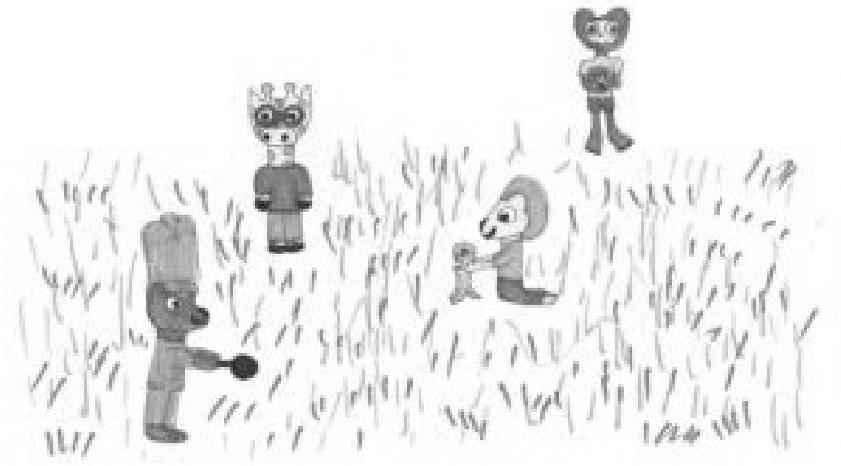
Pero el joven jirafa primero quiso hacerla rebotar. Tanta fuerza empleó Beto, que la pelota, a su cabeza, fue a parar.

-¡Estoy bien!- dijo el joven jirafa. ¡No os preocupéis, de verdad!

Al verse tan divertido, una carcajada de su boca empezó a sonar. Todos con él se rieron. La señora Gloria entonces le animó a hablar.

-Dinos, Beto ¿a ti, a que te gusta jugar?

Beto se acercó al piano y mientras todos le observaban, empezó a tocar. Mi mi fa sol sol fa mi re do do re mi mi re re mi mi fa sol sol fa mi re do do re mi mi re do.



*El maletín de candela*

-Es el himno de la alegría- dijo la seño gloria con emoción-. De la novena sinfonía de Beethoven, mi tocayo y un gran compositor.

La sala se llenó de aplausos. Y aunque Beto enrojeció, animó a sus amigos a aprender con él, todos juntos, su canción.

Juan Darío el tigre, quiso probar en el piano, mientras la gata Cata y la vaca Charo agarraron los violines con sus manos.

Fati la elefanta, se sintió tan feliz que inventó una danza y Adrián el ratón, con los palillos, el xilófono tocó. Fran se agarró al chelo, Thiago al tímpano y Santi al fagot. Kanvar tocó el arpa, Paloma el clarinete y Laureano el trombón. Mario tomó los platillos, Lucas la flauta travesera, la viola Justi, Trini la trompeta, Félix el contrabajo y Bastian el tambor.

La orquesta de la alegría se llamaron. Un nuevo juego nació. Y beto se convirtió, para siempre, en su amigo y, por supuesto, en un gran director.

La sonrisa de Angelina

## Capítulo 27

Con la emoción de la historia aun en sus retinas, y la orquesta de Beto tocando el más alegre de los himnos, el Cazador tiró de su costura y una nueva estrella salió de su pecho y trepó el cielo hasta el vacío que dejó su marcha. Saltó para ello primero por entre las torpes manos del Cazador, que le indicaron el camino hasta lo más alto.

—¿Qué te sucede? —imploró Min— ¿Por qué estás tan débil?

Los ojos de Min, vivos y alegres en otras ocasiones, estaban tristes y preocupados.

—Nada que no se solucione con una buena siesta, Min, no te preocupes, y no estés triste.

Pero cuando Min se disponía a acercarse a él para ayudarlo a sentarse y examinarlo más de cerca, unos brazos largos y peludos detuvieron su marcha.

¡Gnomos!

Decenas de ellos, con sus cuerpos peludos y las caras burlonas emergían de entre las grietas de las paredes y el quicio de la puerta.

Min forcejeaba con los que apresaban sus brazos.

Y el Cazador, en pie, tambaleándose de debilidad, observó cómo el resto se acercaba hacia él. Veía sus sonrisas malvadas, todas clavadas en él, el antiguo Cazador, la preciada presa.

—¡Idos! ¡Un solo puño me basta para aplastaros a todos! —rugía el Cazador.

Pero sus movimientos eran torpes y en lugar de un golpe certero, lo que hizo fue dar un manotazo sobre la mesa que lo dejó todavía más débil.

Min no podía creer lo que veía. ¿Por qué estaba tan débil el gigante?

—¡Cazador! ¡Defiéndete! —gritaba con desesperación.



Los brazos que sujetaban a Min se esfumaron y se vio libre, claro, no eran la presa que andaban buscando, pero en lugar de huir, corrió hacia el Cazador. No podía dejarlo solo.

—¡Huye, Min! —le gritaba el Cazador—. No seas inconsciente. ¡Huye!

Pero no podía hacerle caso. Min se abrió paso a codazos, apartando a los gnomos que se interponían en su avance e intentaba liberar al gigante de sus garras.

Y a pesar de los gritos del Cazador, y los manotazos y las protestas de Min, los gnomos tumbaron al Cazador y, una vez en el suelo, tiraron de su cabeza y de sus brazos, arrastrándolo fuera de la cabaña y a través del bosque, hasta las cuevas de la cascada.

Min tiraba de sus pies en sentido contrario.



Cuando llegaron al enclave de los gnomos lanzaron al Cazador a un pozo profundo y Min, que no se soltó de su bota derecha, cayó con él.

Menos mal que cayó sobre el gigante y este amortiguó el golpe que si no...

Estaban encerrados.

No había esperanza.

El Cazador miró a Min con esa mirada que lanzan los padres cuando se comete una travesura que no tiene remedio, y Min miró al gigante de vuelta.

—No desciendo de los gnomos. Mi madre es humana y mi padre también. No puedo ayudarte. Deseaba tanto confesarte la verdad...

Aunque el Cazador sabía aquello desde hacía muchas semanas, puso su más convincente cara de sorpresa. A Min le había costado decirle la verdad y se sentía orgulloso de que al fin lo hubiera hecho.

—No entiendo por qué no has huido —recriminó el gigante a Min—. Debes alejarte, trepar este pozo y escapar. Soy buen trepador, he trepado los riscos más altos, podría indicarte cómo hacerlo y...

—Nunca —dijo Min tajante—. Eres mi amigo y eres grande y fuerte. No me iré sin ti.

Min habló sin pensar, tan rápido como lo sentía, y el Cazador lo supo.

«Amigo».

¿De verdad lo consideraba su amigo?

Una corriente eléctrica lo recorrió de nuevo, de la cabeza a los pies pasando por el espinazo.

—No estoy tan fuerte —dijo el Cazador—, ya lo ves.



Min lo miraba con los ojos bien abiertos, sin entender lo que realmente sucedía. ¿Cómo podía decir eso? Era el gigante más temible del valle. Cuando fuera mayor, quería ser tan fuerte como él. Sólo con escuchar su nombre, las criaturas más espantosas, palidecían.

—Pero tú eres...

Y Min se detuvo.

Ambos miraron hacia la superficie del pozo. Pequeñas piedrecillas sueltas se desprendían de las paredes.

Algo bajaba hacia ellos y debían colocarse en guardia, así que el Cazador protegió a Min con una de sus manos.

Allí estaba.

Se le veía avanzar entre las sombras.

Se agarraba a las rocas, se soltaba, caía unos cuantos metros pero se volvía a agarrar, y cuando faltaban unos metros para llegar al fondo, cayó aterrizando sobre la panza del Cazador.

Rodó sobre sí mismo, se estiró, cayó al suelo y rebotó.

El gigante y Min no perdían de vista ninguno de sus movimientos, esperándose lo peor, hasta que por fin lo vieron claramente.

—¡Dragón! —chilló el Cazador sorprendido.

Min lo observaba sin perder detalle. Juraría que había visto antes a aquel camaleón pero no sabía dónde. Juraría que incluso había hablado con él en alguna ocasión... Seguro que lo había soñado.

—Debemos salir de aquí —dijo Dragón mareado por la caída, con las pupilas que describían círculos en sentidos opuestos.

—Eso estaría bien —dijo el Cazador—. No podría estar más de acuerdo contigo, pero no lo veo muy realista.

El camaleón tiró de su amigo, intentando desplazarlo, pero era inútil.

—Dragón —pidió el Cazador—, si alguna vez has apreciado mi compañía, haz lo que te pido: coge a Min y salid de aquí. Debéis escapar, huir lejos.

El camaleón miró a Min de reojo.

—¿Rescatar a Min? —dijo Dragón altivo— Si no fuera por Min no estaríamos en esta encrucijada. ¡Oh, espera! Se me acaba de ocurrir algo, ya sé: como desciende de las brujas y los gnomos, pues que nos saque de aquí tranquilamente, que hable con los de allá arriba, que les pida un favor familiar...

Min agachó la cabeza. Sentía vergüenza. Nunca debió mentir.

—No desciendo de los gnomos —se limitó a decir entre sollozos.

—¡Te lo dije! —chilló Dragón sintiéndose vencedor— ¡Todo mentiras! ¡Te lo advertí! Nos buscará la ruina... ¿te lo dije? ¿Recuerdas que te lo dije? ¡Por su culpa estamos...!

De repente una voz conocida, la del rey de los gnomos, les habló desde la superficie del pozo, enérgica y autoritaria:

—¡Si es nuestro amigo el lagarto! Ya veo que has decidido unirme al grupo... Ja, ja, ja, ja, ja. Tu información nos ha resultado muy valiosa, ¡gracias!

—¿...aquí? —terminó de decir Dragón.

El camaleón tragó saliva y miró con uno de sus ojos al Cazador y con el otro a Min.

—Lo siento —dijo al encontrarse delatado—. Estaba tan preocupado por ti, Cazador, por tus estrellas y los retales de tus costuras...

Lágrimas rodaron por los ojos redondos y saltones del camaleón y el Cazador se apresuró a secarlas con uno de sus dedos. Quedó empapado y absorbió la humedad.

—Amigo Dragón —dijo al fin.

Y el camaleón alzó la mirada y corrió a abrazar a su compañero.

Min también los abrazó, y lloraron y rieron de emoción.

## Capítulo 28

El Cazador, analizando de nuevo su encierro, dijo con voz segura:

—Debéis iros sin mí. De nada sirve que corráis mi suerte.

Min y Dragón se miraron y sacudieron la cabeza.

—No —dijeron—. Nunca.

El Cazador los miró de vuelta. No podía permitir que los gnomos los apresasen y que los convirtieran en esclavos, objetos de sus burlas para siempre.

Él no tenía remedio, pero sus camaradas sí.

«Camaradas».

Cada vez que pensaba en esa palabra una oleada de orgullo y felicidad hacía que todo su cuerpo temblara.

No, no podía permitir que se quedaran.

—No me habéis dejado más remedio, pues —dijo tan serio y seguro de sí mismo como en la ocasión anterior.

Y ante la mirada asombrada de Min y Dragón, antes de que pudieran incluso pensar en detenerlo, el gigante tiró de la ya débil costura que lo recorría de arriba abajo, de pecho a panza, y dejó escapar las dos estrellas que guardaba en su interior.

Eran las dos últimas.

Después quedó vacío y cerró los ojos.

Nada.

Min no entendía qué había sucedido ¿Por qué no se mueve el gigante?

Dragón, sollozaba.

—Saco de Huesos, ¿todavía no lo entiendes? El Cazador de Estrellas las cazaba y las guardaba en su interior. Tomaba la energía de ellas y gracias a ellas también respiraba. Eran su energía. ¿No te diste cuenta nunca?

Min no podía creer lo que estaba escuchando, pero de repente en su mente todo tuvo sentido. ¡Pobre Cazador! ¡Por eso robaba las estrellas del cielo!

Se acercó al gigante pero cuando lo tocó, ya no era él, sino un montón de sacos rotos y remendados.

—¡Cazador! —lo llamaba.

Min pensaba que tal vez, si lo llamaba lo suficientemente fuerte, escucharía.

O tal vez si probaba a remendar las telas de saco, si las unían, si conseguían hilo de saco...

Dragón observaba a Min entristecido. Iba de un lado al otro, llamando a su amigo y zurciendo sus costuras.

Y el camaleón decidió hacer lo mismo.

Tal vez funcionara, ¿por qué no?

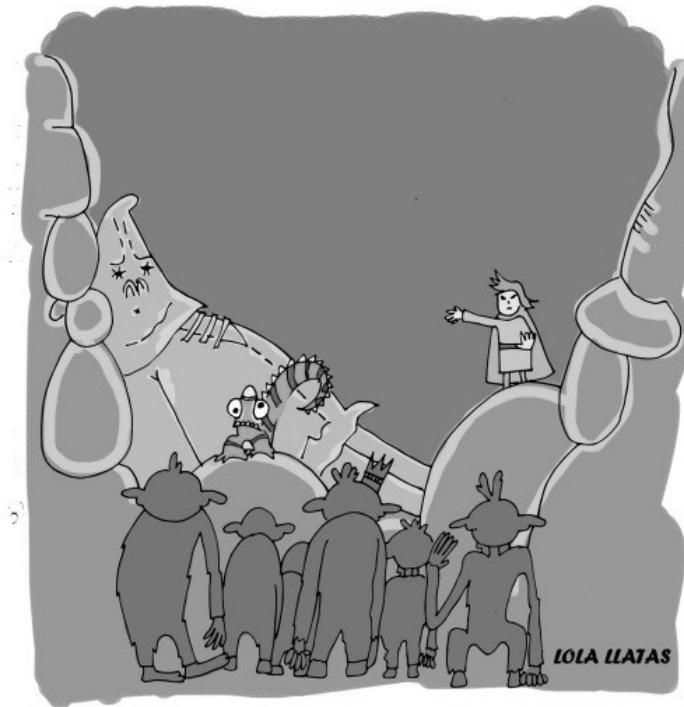
—¡Cazador! ¡Cazador! —lo llamaban.

Se había sacrificado para que huyeran y no temieran dejarlo pero lo que no sabía era que no pensaban rendirse tan fácilmente.

Y solo se detuvieron cuando los gnomos bajaron hasta donde estaban. Se trataba del rey de los gnomos y un buen puñado de esbirros suyos.

—¡Apartaos de nuestro juguete! —exigió el monarca.

—¡Nunca! —dijo Dragón.



—¡Nunca! —repitió Min.

Y el rey rio.

Los gnomos rieron también. Risas burlonas y descaradas que pondrían a cualquiera los pelos de punta.

—¡Es nuestro amigo! —dijeron Dragón y Min al unísono, quedando tan sorprendidos por la coincidencia que se miraron atónitos.

Y fue entonces cuando todo sucedió.

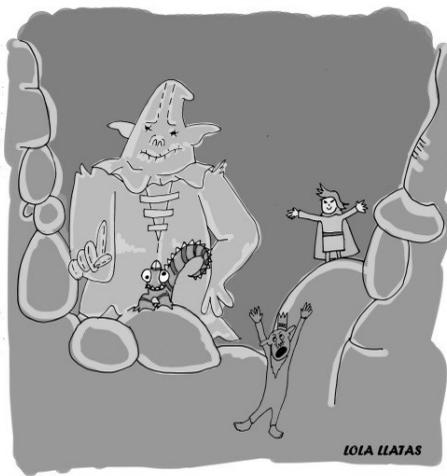
Fue entonces cuando un haz de luz, tan luminoso como mil estrellas, recorrió el cuerpo del Cazador uniendo cada descosido. Era una corriente que englobaba todos los gestos amables y de cariño.

Una corriente que recordaba la historia de la Luna Lunares, los ogros de Ogrolandia, la fiesta de Tainá, el rescate de Rocky, Analandia y a todos los demás relatos, uno por uno.



Tal vez fuera efecto de aquellas palabras sinceras, dichas de corazón, las de Dragón y Min que no querían fallar a su amigo; pero por detrás de ellos, frente a unos gnomo que se cubrían los ojos con las manos y huían despavoridos, el Cazador se puso en pie.

Se erguía fuerte y poderoso, más grande que nunca.



Y en su interior no había estrellas robadas, sino emociones sinceras, amistad, generosidad y compasión genuinas.

Historias maravillosas, ilustraciones mágicas, gestos, detalles, y mucho cariño fueron los ingredientes secretos que hicieron al Cazador el más fuerte.

No hizo falta pelear con los gnomos. Huyeron despavoridos, tan lejos que se dice que nunca regresaron a las cuevas de la cascada por temor a toparse de nuevo con el Cazador.

Y el gigante colocó a Min y al dragón sobre su hombro y acostumbrado a escalar los riscos más altos, salió sin problema de aquel pozo.

Arriba les esperaba un cielo por primera vez completo, con todas las estrellas, tan numerosas y necesarias, tan únicas como infinitas.

Cuentan que el gigante y Min suben a menudo hasta los picos más altos y bajo el manto de la noche esperan historias, las que vienen de las tierras que hay más allá de los confines del valle.



¿Qué hace Dragón mientras tanto? Dragón, caza moscas.



## ¿POR QUÉ MI COLEGIO ES ESPECIAL?

---

*1. Cra “Ojos De Moya ” - Sección Santa Cruz De Moya- Cuenca*

*(Ilustradores de los relatos recibidos)*

Varias son las razones por las que nuestro colegio es ESPECIAL:

- \* Pertenece a un CRA ( Centro Rural Agrupado)
- \* Estamos en un entorno Rural.
- \* Somos pocos alumnos y de diferentes edades.
- \* Sólo tenemos clase por las mañanas.
- \* Compartimos sentimientos y emociones.
- \* Llevamos siete años con la misma profesora de tutora.

Nuestro colegio está en Santa Cruz de Moya, un pequeño pueblo de Cuenca, pertenecemos a un CRA compuesto por tres secciones ( Casillas de Ranera, Talayuelas , Santa Cruz de Moya) y la cabecera ( Landete). Desde nuestras aulas podemos disfrutar de unas vistas maravillosas rodeado de montañas , pinos , un paisaje que admiramos y disfrutamos día tras día.

Nuestra escuela unitaria está compuesta por 7 alumnos : dos de infantil ( 3 y 4 años), una de primero, otra de segundo, dos de quinto y una de sexto.

Somos una gran familia compuesta por padres, madres, abuelas, vecinas y profesorado que trabajamos conjuntamente la educación y el saber .

Venimos contentos, unos ¡BUENOS DÍAS!, nos esperamos en un pequeño banco situado cerca del colegio y hasta que no estamos todos no entramos.

Un saludo a los vecinos y.... A comenzar con ganas y alegría los trabajos de cada día.

El estar de diferentes edades hace que conozcamos cosas nuevas, nos ayudemos los unos a los otros y en algunos momentos nos consolamos, llegando incluso a llorar ante situaciones difíciles que conjuntamente hemos intentado solucionar.

Algo más nos hace especiales, y es....."CÓMO VENIMOS CELEBRANDO EL DÍA DEL LIBRO"

Durante varios años venimos celebrando con nuestra mejor profesora , Un día de puertas abiertas donde exponemos los trabajos realizados sobre diferentes temáticas ( Los cuentos, El principito, Alicia en el país de las Maravillas, Lectorrestaurante, Emociones).

Una actividad en la que están implicadas las familias y a la que todo el pueblo asiste compartiendo con nosotros grandes momentos.

ESTO Y MUCHO MÁS NOS HACE SER UN COLEGIO ESPECIAL

*Artistas: Elena Antón, Sara Navarro, Iker Sánchez, Selene Maritza, Mónica Antón, Lucas Hincapié, Samuel Antón.*

## *2. Carmelitas Alcoy - Alicante*

*(Autores del relato "El Sol y la Luna")*

Difícil pregunta pero con una fácil solución. La verdad es que mi colegio es especial no solo por una cosa, sino por más de una. Me encanta mi colegio por estas simples razones:

-Mi colegio no es como los demás, mi colegio es especial: te enseñan muchas cosas de maneras diferentes y con gente diferente. Tiene una educación muy abierta, tanto hacía las religiones como a las asignaturas. Nos separan en grupos según el nivel que tengas en cada una para poder atendernos mejor y lo que se hace en cada grupo y de la manera en la que se hace, TODO ES FANTÁSTICO.

-Hay niños de todos los colores, países, religiones... Pero aquí todos somos iguales.

-La verdad es que mi colegio no tiene el patio más grande, ni las clases son gigantescas ni nada de eso, pero sí tiene unos grandes profesores con los que aprender las diferentes materias de la escuela. Se te hace bastante divertido, a decir verdad.

-Yo casi soy novata en esta escuela pero, con solo un año y poco más que llevo aquí, han conseguido que me guste la escritura, que me sienta aceptada por todos y que mis puntos fuertes lo sean todavía más.

-Ahora que llega Navidad muchas actividades como montar un belén entre toda primaria manualmente en la entrada, es GIGANTESCO O el teatro de Navidad, cada año uno diferente con personajes distintos. ¡Es una de mis actividades favoritas!

TODOS SOMOS UNA GRAN FAMILIA, CUENTA LA OPINIÓN DE TODOS  
NADIE TIENE DERECHO A PASARLO MAL POR NADA DEL MUNDO. POR  
ESO MI COLEGIO Y TOD@S LOS QUE LO COMPONEMOS SON UNA GRAN  
FAMILIA LLAMADA “CARMELITAS, LA PRESENTACIÓN”

*Texto de: CARLA OLCINA MOLTÓ*

### *3. CEIP Benjamín Benlloch, de Manises, Valencia. (Relato “Los Ogros Hechizados”)*

Mi colegio es especial, el más especial de todos, porque entré con tres años y aquí he conocido a mis mejores amigos, porque sé el nombre de todos los profesores/as y ellos también el mío y porque todos me han cuidado y ayudado siempre.

Es grande y luminoso. Hay un edificio para Infantil y otro, de dos pisos, para Primaria. Desde las ventanas tenemos unas vistas maravillosas: árboles, pistas deportivas, gimnasio, toboganes para los pequeños... Además, en el colegio hay biblioteca; sala de ordenadores y de audiovisuales; aula de música con muchos instrumentos; comedor, en el que nos sirven alimentos muy variados. En todas las aulas hay pizarras digitales, los alumnos mayores utilizan tablets en algunas materias y también tenemos un horno con el que hacemos cerámica.

Todas las mañanas cuando me despierto, me levanto de la cama pensando en la suerte que tengo porque en mi colegio formamos todos una gran familia, en la que nos respetamos y nos ayudamos.

¿Y qué decir de los profesores? Cuando era pequeño y vine por primera vez, con miedo y sin entender nada, me recibieron profesores muy buenos, que me enseñaron a hablar y a escribir. Aunque a veces se enfaden son justos con nosotros y nos han enseñado que si te esfuerzas no hay nada imposible, que todas las cosas se aprenden con paciencia, atención y respeto, mucho respeto.

Por todas estas cosas, mi colegio es el más especial de todos.

*Texto realizado por el alumnado de 5º y 6º*

#### *4. Asociación Alternativa Abierta, Sevilla (Aportan el RELATO “Tú en Londres y yo en Sevilla”)*

Os voy a contar por qué es especial mi aula y por qué acudo cada día.

Me llamo Ignacio Lozano Gordillo, tengo 12 años y vengo al Centro Cívico “Juan Antonio González Caraballo” situado en Torreblanca al proyecto “Conozco y Aprendo” de la Asociación Alternativa Abierta, donde los niños y las niñas venimos a mejorar nuestro potencial educativo.

Venimos de lunes a jueves a las clases de Refuerzo Educativo y los viernes a Centro Abierto.

En las clases de refuerzo educativo hacemos los deberes, repasamos las asignaturas, preparamos los exámenes, y sobre todo repetimos aquellas tareas que nos resultan más difíciles con fichas y ejercicios que las profesoras nos proponen.

En el aula tenemos materiales de consulta como los diccionarios y cuando necesitamos investigar sobre algo más específico tenemos acceso a internet.

Los viernes hacemos actividades más lúdicas como: Juegos cooperativos, manualidades, y excursiones divertidas y emocionantes como cuando fuimos a ver el Circo Alaska. Ahora estamos decorando el aula con detalles navideños que nosotros/as hemos elaborado.

Este año hemos participado en un Taller de Lectura en la Biblioteca dónde hemos leído un libro muy divertido que se llama “El Secuestro de la Bibliotecaria”, que después hemos repasado con una ficha de comprensión lectora con la ayuda de Paco, el bibliotecario, y las profesoras. Ha sido muy divertido y a todos/as nos encantaría continuar en el siguiente trimestre, la actividad final ha sido elaborar nuestro propio marca páginas.

En clase hemos leído el Cuento de Min y el Cazador de las Estrellas, y hemos hecho un taller de escritura de relatos y de dibujos sobre los protagonistas. Después de las vacaciones leeremos las historias de otros/as niños/as de otros lugares de España y ellos leerán las nuestras.

En mi clase hay 6 niños y 4 niñas, y sus nombres son: Christian, Lisardo, Salatiel, Yeray, Adrián, Alonso, Estrella, Carmen, Yumalay y yo.

Aunque me llevo bien con todos/as mis compañeros/as, me llevo mejor con Christian y Lisardo.

Las profesoras se llaman Reme y Noemi, nos enseñan cada día a esforzarnos, a ser responsables y respetuosos/as. Siempre están cuando las necesitamos. Nos reciben y se despiden de todos/as nosotros/as con mucho cariño.

*Texto de: Ignacio Lozano Gordillo.*

*5. CEIP Joan Fuster, de Manises, Valencia.  
(Relato "Aventura bajo la lluvia")*

Mi cole es especial porque tenemos muchos compañeros y compañeras con discapacidades y de otros países. Tenemos un ascensor por si lo necesitan y maestros/as especiales. Es muy divertido, se esfuerzan mucho para que nos lo pasemos bien. El primer día del colegio es un día especial. Los profes nos preparan una sorpresa de Bienvenida. Es como una fiesta sobre el tema que se ha elegido entre todos los niños y niñas para trabajar. Este año ha sido la magia y vino un mago de verdad a hacernos trucos.

Hacemos muchos talleres como: fallas, carnaval, semana de las ciencias, semana cultural y Halloween. También hacemos carreras, duatlón, partidos de colpbol de profes contra sexto...

Nuestro patio también es especial. Hay juegos enormes pintados en el suelo: twister, siete y medio, ajedrez, tres en raya, la serpiente... Hay un armario para coger muchos juegos. Cada patio una pareja de quinto y sexto son los encargados del armario y apuntan quién se lleva cada juego.

Cuando tenemos un problema pedimos ayuda a los profes y nos intentan enseñar a solucionarlo hablando. En nuestro cole somos importantes porque nos dejan dar ideas para mejorarlo y estar más a gusto. En las tutorías hacemos propuestas y cada último jueves del mes los delegados/as de cada clase de Primaria y de Infantil se reúnen con el equipo directivo para tratar estas propuestas. En el comedor hacemos un taller donde nos enseñan a hacer trucos de magia, robótica...

Por todas estas cosas, nuestro colegio es muy especial.

*Texto realizado por Alumnado 6º PPEV-2*

*6. Instituto Español Vicente Cañada Blanch,  
Londres (Aportan el RELATO un amigo entre  
enemigos)*

Un colegio es muy especial, en mi opinión, cuando tiene estas características. Para empezar, debe ser un lugar con muy buen ambiente y donde sea posible una rápida socialización. Sin duda, mi colegio presume de ambas cualidades. Tanto que, por ejemplo, en dos días ya has hecho amigos, como si te conocieras de toda la vida.

Además, un sitio especial debe tener muchas culturas. Aquí también mi colegio destaca: en una clase de ocho alumnos puede haber nacionalidades totalmente diferentes... una chica canadiense, un chico venezolano, otro español, otra inglesa...

También aquí los profesores y las profesoras son muy buenos: tienen que pasar unas oposiciones durísimas y son verdaderos especialistas en la materia que dan. Si pensamos en los resultados académicos, es uno de los mejores colegios. Además de todo eso, este colegio es especial por una razón principal: es un colegio español en Inglaterra.

Así que por estas razones y por muchísimas más, el Instituto Español Vicente Cañada Blanch es especial. Fue creado en el siglo XVIII y abierto al público como colegio en 1972. Aquí han pasado cosas emocionantes tales como que esto fue un convento. Es un edificio antiquísimo y por ser tan bonito por fuera tanto como por dentro... solo puedo decir que este colegio es demasiado especial.

*Texto de David San Agustín López 1º B*

## *7. Instituto Juan de Mairena, Sevilla. (Aportan el relatos “El deseo de los niños y niñas”)*

En mi instituto, IES Juan de Mairena (Sevilla) hay un grupo de alumnos y alumnas que nos reunimos todos los martes, después de las clases y entre ellos y ellas estoy yo.

Somos la “RED JUAN DE MAIRENA”

El objetivo de nuestras reuniones es buscar formas de colaborar con los menos desfavorecidos, recaudando fondos a través de distintos proyectos en los que participamos como voluntarios y voluntarias. Organizamos eventos como tómbolas, carreras solidarias y otro tipo de recaudaciones benéficas. Aunque esta función es una de las prioritarias, la más importante es la concienciación que tratamos de hacer con el resto del alumnado del centro.

Uno de los últimos proyectos que hemos llevado a cabo ha sido una tómbola para recaudar fondos para la construcción de un pozo en Mozambique.

Muchos son los alumnos y alumnas que cada semana nos abordan con preguntas como: ¿Por qué te quedas una hora más en el IES después de estar aquí desde las 8 AM? ¿Qué hacéis que es tan importante como para quedaros? o si no os sube la nota ¿Para qué formas parte ese grupo? La respuesta es muy clara, sentimos que es nuestro deber tratar de mejorar la situación de todas aquellas personas que no gozan de las mismas oportunidades y derechos y ejercer como ciudadanía crítica y justa que actúa ante las desigualdades.

Y le lanzamos otra pregunta e ellos y ellas ¿Os gustaría que si a vosotros o vosotras no os fueran reconocidos vuestros derechos y fuerais discriminados y discriminadas, contar con la cooperación y el apoyo de personas como nosotros y nosotras verdad?

## *8. CCE público Miguel de Cervantes, de Alicante (Aportan el relato “Analandia”)*

Mi cole es especial y bonito porque hay clases, hay recreo, hay taller de madera, patios y hay entornos...en los entornos no nos hace falta ni libros, ni lápices porque lo que necesitamos son nuestras manos y nuestras cabezas. En los entornos nos enseñan a hacer las tareas de la casa, del jardín y en el de teatro nos enseñan a bailar y movernos y, sobre todo a hablar, a expresarnos....Los nombres de los entornos son: entorno hogar, entorno jardín, entorno teatro y estimulación.

Todos los que venimos a este colegio somos especiales, y todos juntos nos ayudamos y así hacemos un equipo y trabajamos juntos.

Nos ayudamos haciendo los deberes, a ponernos las chaquetas para salir al patio y acompañar a los compañeros que no pueden ir solos. También nos ayudamos a guardar las cosas en las mochilas.

Pero lo más especial, especial de mi cole son las salidas de los viernes. Los viernes nos vamos a desayunar a una cafetería, a comprar, de visita a otros colegios...y así aprendemos a pagar, a divertirnos y a comportarnos con educación en todos los sitios.

Así que este cole nos gusta mucho porque nos ayudan y nosotros también ayudamos.

**SOMOS LA CLASE DEL PROGRAMA DE CUALIFICACIÓN BÁSICA 1 (PCB)  
DEL COLEGIO CEE MIGUEL DE CERVANTES DE ELDA (ALICANTE):**

Somos ocho en clase: Tamara, Lydia, Miguel, Cristian, Marina

Alex, Rafa y Silvia. Y así somos:

- Me llamo Alex, tengo 22 años, lo que más me gusta es la pizza y escuchar música, sobretodo Malú.
- Me llamo Silvia, me gusta ver en la tele a Bob Esponja.
- Me llamo Miguel, tengo 22 años, me gusta jugar al fútbol y el tenis.
- Me llamo Marina tengo 22 años, lo que más me gusta hacer es relajación, escuchar música y ver la tele.
- Me llamo Tamara. Me gusta mucho escribir, estar con mis hermanos y con mis compañeros. Me divierte el baloncesto y correr. Me gusta mucho comer empanadas de mi tío y hacer la compra con mi madre. Me gusta la musica rap. Tengo 22 años.
- Me llamo Cristian Jesús, tengo 22 años para los 23 años. Este año 2018 cumple 23. Soy creyente apostólico y apóstol, diácono, discípulo y misionero de la iglesia de Novelda (Alicante) llamada San Pedro. Mi deporte favorito es la natación y el fútbol.
- Me llamo Rafa, tengo 18 años y me gusta el fútbol y la música de Offenbach Can Can. Mis mejores días son los viernes porque tengo educación física.
- Me llamo Lidia, tengo 23 años y me lo que más gusta es pasar con mi novio.

BUENAS, SOMOS UNA CLASE DE LA ETAPA DE SECUNDARIA DEL CEE" MIGUEL DE CERVANTES" DE ELDA:

En la clase somos 8 alumnos de edades comprendidas entre 12 y 15 años. La mayoría hemos estudiado en otros colegios y al llegar a la secundaria empezamos en este colegio.

A continuación nos vamos a presentar:

Nerea de 15 años: "soy alta, vergonzosa, cariñosa. Me gusta hacer amigos, ayudar a mis compañeros y a mis maestras. Me gusta venir al colegio porque hago muchas cosas como hacer fichas, educación física, taller, entornos, salida a la piscina..."

Lucía, 12 años: “soy especial, no se porqué pero me gusta como soy. Me gusta dibujar, pintar. En el colegio lo que más me gusta es ir al Taller porque allí pinto en la madera. “

Ángela, 14 años: “soy buena persona y me porto bien con mis compañeros y con la familia. De mi colegio me gusta estar con los compañeros y con los maestros y maestras. También me gusta trabajar y estar en la clase de Educación Física.

Marina, 15 años, como Marina no puede hablar le ayudamos el resto de compañeros con los pictos de velcro y explicando como es ella. “ Marina es muy risueña y le gusta salir de la clase a pasear, le gusta tocar la nariz y el pelo de los compañeros. Le gusta trabajar poco y comer mucho.

Jordi. Le gustan los animales en especial los perros que vienen a nuestro cole.

Dani, 15 años :” soy mayor, me gusta jugar con mi compañero Raúl y jugamos a ir de compras en el patio. Me gusta trabajar con el ordenador y jugar al parchís.”

Fran, 14 años :”Soy vergonzoso, amable y trabajador. Se me da muy bien pintar, y ayudar a los compañeros que lo necesitan. Me gusta ir a Educación Física en mi cole porque cada quincena nos vamos a la piscina. “

Raúl, 15 años : soy grande y mayor. Me gusta jugar con peluches a fútbol, bueno juegan ellos y yo los nuevo. En el colegio me gusta ir a la biblioteca donde hay cuentos. Y me gusta jugar con mi amigo Daniel, señor Cantueso.

## *9. Colegio Lepanto, de Sevilla (Aportan el relato “Un amigo contra el miedo”)*

El colegio Lepanto es super bonito y agradable. El colegio es super espacioso con una pista, un gimnasio y un comedor que no probarás comida más rica que la de allí. También hay una biblioteca en la que podrás embarcarte en montones de aventuras o dejar que te seduzca una historia de amor.

En las clases nunca te aburrirás de su aspecto porque siempre la decoramos dependiendo de la fiesta o la estación del año en la que estemos; y aunque pienses que siempre te aburrirás en las clases y que no entenderás nada la mayoría de las veces, en este colegio nunca te aburrirás porque los profesores son super divertidos, y si no entiendes algo, no sudes si preguntarlo o no porque cuando te lo expliquen parecerá que lo sabías desde siempre.

Si te pasa algo no dudes en decírselo al profesor más cercano, que te lo solucionará.

Y si tu eres de color y te preocupa que los niños no te acepten por ser diferente, no te preocupes porque en este colegio aceptamos a la gente por como es.

*10. CEIP L'Assumpció - La Vall D'Uxo - Castellón  
(Aportan el Relato "Lem y Clara")*

Mi escuela es muy especial porque cuando entro en el patio hay unos 4 arboles plantados y todos los pilares están coloreados, también porque el ambiente que hay es espectacular, la gente juega y hace amigos, dentro de la escuela en el comedor tenemos a las 10:30 sala de juegos, podemos jugar a juegos de mesa. Cuando es la hora de entrar a clase suena una canción con una melodía muy pegadiza y hay días que a las 12:30 tenemos deporte escolar que son deportes extraescolares.

*Autor: Vicente Callau*

*11. Colegio del Solar - Bahía Blanca, Argentina  
(Aportan el RELATO un “La Orquesta de la  
Alegría”)*

Mi colegio es especial, porque en él todos tenemos un lugar, una voz, un espacio en el que crecer y disfrutar aprendiendo.

Cada uno de nuestros profesores nos dedican todo su tiempo y talento para obtener la mejor versión de nosotros mismos.

Somos todos diferentes y nos sentimos libres para serlo, pero al final somos todos iguales. Somos niños con grandes sueños y nuestro colegio nos da las alas para creer que somos capaces de lograr todo aquello que nos proponemos.

*Autor: Gonzalo Álvarez Lamelas*



